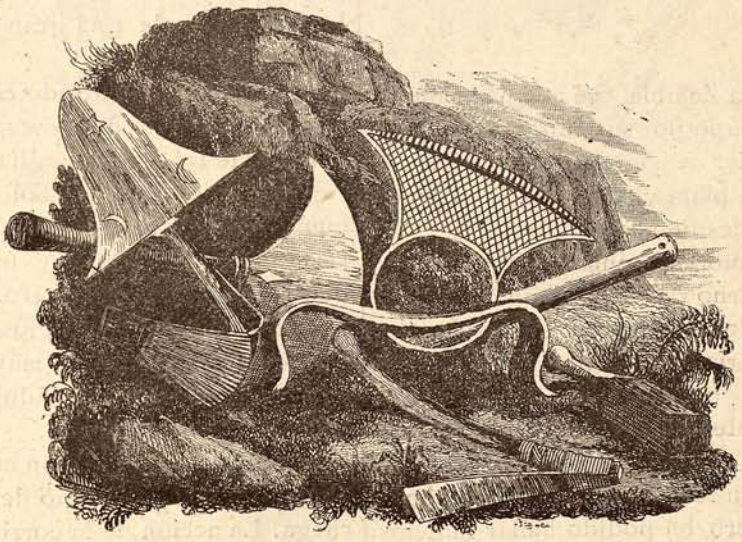
En cuanto á la vida animal, abunda más que en Spitzberga; además de los cetáceos y de la fauna marina que pueblan sus bahías, encuéntranse allí el oso, el lobo y dos especies de zorras, el reno, la liebre y el ratón.

Los animales del continente vecino aprovechan los hielos de primavera para cruzar á pié enjuto el mar y permanecer temporalmente en las islas. Heuglin ha contado 45 especies distintas de aves.

Los mosquitos, que son la desesperación del viajero en las tundras rusas y siberianas, no le persiguen aquí, ni en la isla Vaigatch; ni uno vimos á bordo.

*
* *

No es la vegetación liliputiense y subterránea el único fenómeno de la Nueva Zembla, digno de especial memoria. El terreno de la Nueva Zembla está animado de un movimiento de elevación tan rápido y marcado, que es la maravilla de los



UTENSILIOS DE LOS ESQUIMALES

geólogos el aspecto de aquellas regiones árticas, donde más ó menos todas las tierras tienen parecida tendencia de emersión.

Entre el Cabo Massan y el Cabo de los Hielos ha descubierto recientemente Mack, el noruego, un archipiélago de dos islas y multitud de islotes, al que ha dado el nombre de islas de la Gran Corriente Equinoccial (ó islas del Gusfstream). Segun Mack, este grupo es moderno, sin duda alguna. Las expediciones holandesas de fines del siglo XVI no hallaron en aquel mismo lugar más que un banco de arena, situado á 33 metros bajo el nivel del mar.

Las nuevas islas, cubiertas de arena y de conchas, carecen por completo de vegetación, cual si acabaran de salir del agua.

Segun esto, el fondo del mar ha subido 40 metros en 300 años: es éste un fenómeno único en la historia contemporánea del globo.

A ambos lados del estrecho de Matotchkin se ven, hasta la altura de 90 metros, capas de tierra abundantes en conchas de especies que existen todavía en los mares

glaciales, pero que han desaparecido de los territorios inmediatos; son restos de la fauna diluviana.

A lo largo de las costas que va recorriendo el *Vega* se ven muchas islas bajas y llanas, muy semejantes á antiguos bancos de arena, y que probablemente han aparecido en época reciente.

En otras partes se presentan islas montañosas, unidas á la tierra firme por istmos de emersión y por bancos de arena que un ligero hundimiento de terreno volvería á poner bajo las olas.

*
* *

La Nueva Zembla fué además famosa en otro tiempo por sus supuestas riquezas metálicas: se contaban maravillas de las vetas de plata vistas por los marinos en sus paredes de roca.

Los testimonios tenían tal precisión, que el gobierno ruso mandó una comisión de exploradores; pero el geólogo Ludlovo, que dirigía los estudios, no encontró más que un poco de galena argentífera y algunas señales de sulfuros de hierro y de cobre.

Esto era en 1809, y desde aquella época ningun viajero ha podido hallar indicios que devuelvan á la Nueva Tierra su antigua reputación.

Por nuestra parte, no veíamos brillar nada más que los agudos picachos de hielo.

La última maravilla de la Nueva Zembla es la de sus contrastes de clima, causados, segun toda probabilidad, por las fuertes corrientes tibias, que de los mares tropicales van á parar á las regiones glaciales, hasta las costas de la Nueva Zembla, que no tocan, sin embargo, pues el agua inmediata á la playa tiene la frialdad normal de aquel país.

La más violenta de estas corrientes tibias, es la que forma la capa superior del mar de Noruega, y dirigiéndose al mar de Barents, lleva tanta fuerza que al Sur de la isla de la Esperanza (Hope Island) los buques apénas pueden permanecer anclados, sin que los arrastre.

En el estrecho de Matotchkin la corriente es tambien muy sensible, y en las costas occidentales de la isla septentrional de la Nueva Zembla, los barcos que tienen la proa á Europa no pueden vencer la corriente, sino con notable trabajo y doblando la punta del Norte de la isla.

Los numerosos escombros arrojados á las costas de la Nueva Zembla atestiguan la existencia de esta gran corriente de orígen tropical.

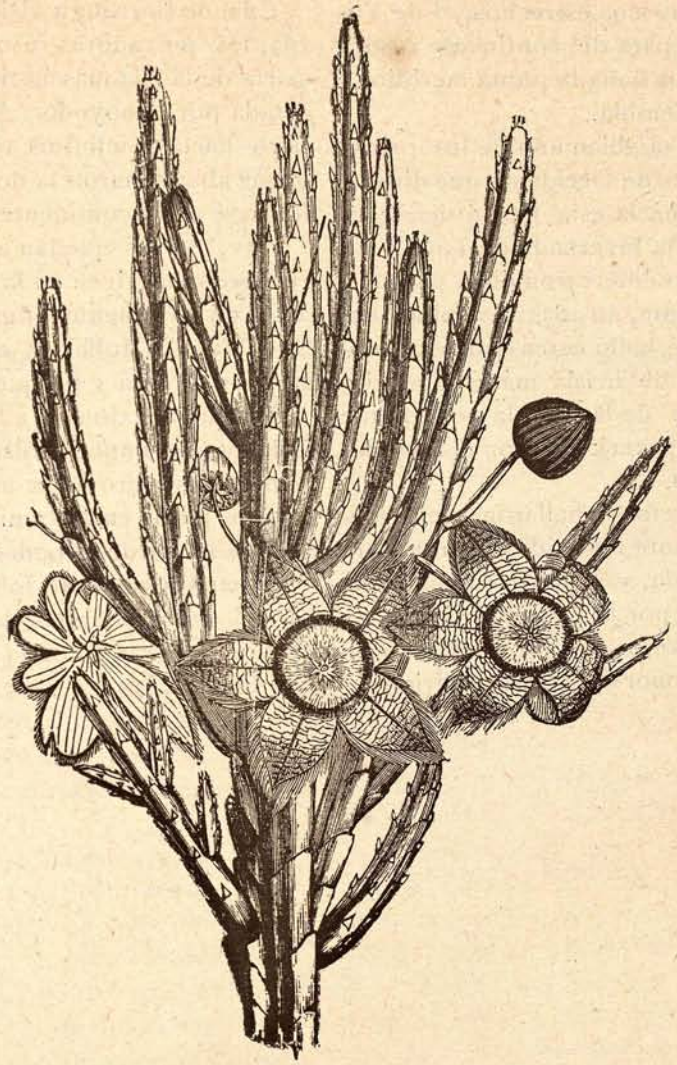
Allí se han encontrado castañas marinas, ó sea el fruto de la *entada gigalobium* del mar de las Antillas; allí tambien se recogen diariamente las bolitas de cristal que ponen en sus redes los pescadores de las Lofoden, y restos y fragmentos de buques en tan gran número que no se los puede atribuir á naufragios ocurridos en las cercanías; son en su mayor parte escombros de barcos perdidos en las lejanas costas del Occidente.

Las playas aquellas son conocidas por el nombre de Cementerio del mar de Noruega. La acción de la corriente se revela tambien en las costas de la Nueva Zembla y de las islas que la rodean, por la fusión de los hielos inmediatos al mar.

Bajo la nieve de los aludes va cavando el agua grutas y cavernas, en cuyas profundidades es fácil estudiar la acción de las tibias corrientes marinas, lamiendo lentamente los cimientos de los ventisqueros.

*
* *

La Nueva Zembla forma el límite oriental del mar que se extiende al Norte de las costas laponas, y que muchas veces llaman «mar de Barents,» en memoria del



DE LOS JARDINES DE TROMSOE

ilustre navegante que la recorrió á fines del siglo XVI.

Es probable que los comerciantes de Novgorod conociesen antíguamente á la Nueva Zembla, pues ésta, así como la isla de Vaigatch, pueden considerarse en realidad casi como la prolongación de una península rusa, y cuando los marineros ingleses del siglo XVI penetraron por primera vez en estas regiones del mar Glacial, los pescadores rusos frecuentaban desde largo número de años las costas de la Nueva Zembla.

Para las naciones occidentales no fué conocida la existencia de esta grande y doble isla, hasta despues del viaje de Wyllonhby en 1553. Más feliz que su precursor, que pereció con su buque en la costa normanda de Laponia, el inglés Estéban Burrough reconoció tambien y logró abordar, en 1556, las costas de la Nueva Zembla y dar la vuelta á la isla de Vai-

gatch, por sus dos estrechos; el de Yugor, que la separa del continente ruso, y el de Kara, que baña la punta meridional de la Nueva Zembla.

Barents fué tambien uno de los primeros navegantes de Occidente que dirigieron su proa hácia esta lejana tierra; en ella murió en la invernada de 1597, y sus compañeros lo enterraron en la costa.

Recientemente, en 1871 el capitan noruego Carlsen, halló cerca de la extremidad Nordeste de la isla más septentrional á los 76° 7′ de latitud, la casa en que Barents y Humskerk pasaron el invierno 274 años antes.

Cuantos objetos se hallaron en ella fueron piadosamente recogidos y transportados á Holanda, y pronto un monumento construído por la Sociedad Geográfica de Amsterdam se elevará sobre un promontorio en honor del célebre marino.

Cuando Borrough visitó la Nueva Zembla, los pescadores rusos le dijeron que parte de la isla más meridional estaba habitada por samoyedos. Así era en efecto; pero hace ya infinitos años que los indígenas abandonaron la doble isla para refugiarse en el continente.

Hoy, apénas quedan allí unos cuantos europeos que viven en la estación permanente de salvamentos, fundada en 1877 en la bahía de Moller, y en los establecimientos de caza y pesquería.

Aunque anexionada á las inmensas posesiones del imperio ruso, los cazadores recorren esta provincia marítima sin encontrar jamás en su camino la menor señal que recuerde el poder del czar.

Nuestro compañero Johannesen, capitan del *Lena*, es uno de los héroes de la historia geográfica de la Nueva Zembla; esto fué en 1870.

CAPITULO QUINTO

LAS TUNDRAS—LOS SAMOYEDOS—DESCONFIANZA Y CORDIALIDAD—CARACTER Y COSTUMBRES—ENTRE RUSOS Y SAMOYEDOS—EXTRAÑA RELIGIÓN

DÍA 30 de Julio.—Esta mañana acabamos de costear la Nueva Zembla, y pasando frente al estrecho de Kara, hicimos rumbo para el estrecho de Yugor.

La costa de la isla de Vaigatch permaneció la mayor parte del tiempo algo distante. A las doce nos aproximamos á ella y poco despues entraba el *Vega* en el estrecho.

El estrecho de Yugor, que separa á la isla de Vaigatch del continente ruso, no es en realidad sinó un valle inundado, y ni aun siquiera alcanza á interrumpir la cordillera del Ural, del que geológicamente son la isla de los Vaigatch, y la Nueva Zembla continuación marítima.

Es bajo de fondo.

Los inmensos rebaños de renos de los samoyedos lo cruzan sobre el hielo en primavera para pasar el verano en la isla; en otoño lo vuelven á cruzar, pero á nado, pues cuando regresan aun no ha cerrado el frío. El paso de los renos es bellísimo espectáculo y dura algunos días.

No fueron pequeños nuestros apuros para penetrar en el estrecho de Yugor. La entrada es de encuentro en extremo difícil, por que la ocultan mil sinuosidades que hacen aparecer á la costa cual si estuviera unida, y el terreno es ademas tan bajo que se confunden las aguas del canal con las de las lagunas.

Ya la había pasado el *Vega*, mantenía el buque la proa al Sur y no sé en dónde habríamos observado nuestro error, cuando vimos aparecer tras tierra la arboladura de un buque que parecía dirigirse hacia nosotros.

Antes de que saliera del no elevado promontorio que lo ocultaba, el humo de su chimenea nos reveló que era un vapor. A poco se nos daba á conocer como uno de los buques de nuestra expedición, el *Fraser*, que temeroso de que el mal tiempo nos hubiera obligado á anclar en algun puerto de la costa occidental de la isla de Vaigatch distinto del que estaba convenido, iba en nuestra busca.

El *Fraser* y el *Express*, que salieron de Vadsoe el 15, estaban en Cabarova desde el día 20; el *Lena* no había llegado todavia, segun nos dijeron en el *Fraser*, y esto no dejó de causarnos seria inquietud, pues recordamos las dificultades con que tuvo que luchar el vaporcito cuando al doblar el Cabo Norte se encontró en medio de un mar bastante recio.

Las olas llegaron aquel día á encresparse tanto que una de ellas barrió con gran violencia el puente del *Vega*, destrozando una caja que allí había amarra-

da; tomamos á milagro que ninguno de los termómetros y frascos de que estaba llena se rompiese.

*
* *

El capitan Nilson nos sirvió de piloto en las intrincadas sinuosidades del estrecho de Yugor. A las ocho de la noche hemos echado felizmente anclas ante la aldea samoyeda de Cabarova.

Este año ha sido tan excelente para las travesías por el mar Glacial, que ni nosotros ni el *Express* y el *Fraser* que nos habían precedido, hemos hallado un solo témpano de hielo en nuestra travesía de Tromsoe á la costa meridional de la isla de Vaigatch.

—Día 30 de Julio *(12 de la noche)*.— Acabo de llegar de tierra, y no obstante lo tardío de la hora, quiero consignar en este diario mis primeras impresiones entre los samoyedos, continuando así la interrumpida crónica de los sucesos del día.

Los samoyedos, mísero resto de una raza en otros tiempos poderosa, tienen por patria un territorio extensísimo: desde el mar Blanco hasta mas allá del Yenisei y de las playas del mar Glacial y hasta las faldas del Altai, de donde vinieron sus antecesores, se encuentran familias samoyedas.

Expulsados probablemente por vencedores de raza turca, descendieron hacia el Norte siguiendo la corriente de los ríos y se establecieron en las márgenes del mar Polar: muy al Sur de su patria presente, el Ural del Centro tiene aun nombres samoyedos.

La familia de los Yurak, á la que pertenecen los samoyedos de Europa, habita hoy toda la región de las *tundras* á ambos lados del Ural.

Desde los orígenes de la historia rusa, los samoyedos, nombrados por vez primera á fines del siglo XI, recorrían ya la comarca que se extiende mas allá de la zona de los árboles, allí donda el yagel ó musgo de reno ofrece abundante pasto á sus rebaños.

Muchos nombres de lugar, comprensibles tan sólo en el idioma de los karelianos, prueban que eran estos los primitivos habitantes del país.

Los filandeses son los misteriosos tchudes de los rusos, los sirtye de los samoyedos, los que segun la leyenda huyeron al interior de la tierra, donde poseen inmensos territorios de caza y pasto inagotable para sus multitudes de rebaños de mammuths, zorras y castores.

Los lapones, que parece tuvieron que combatir tambien á los tchudes, conservan tradiciones análogas. El nombre del pueblo que les precedió en la posesión del país, está asociado para ellos con el de los genios maléficos del aire y de las regiones subterráneas.

*
* *

A su vez están destinados los samoyedos á pronta desaparición; en breve «volverán á la tierra» con los tchudes. En sus juegos repiten los niños rusos una canción, cuyo sentido no conocen, pero que fué en otro tiempo de una atroz verdad:

«Vamos á buscar al samoyedo,
«Vamos á marcar al samoyedo,
«Vamos á encontrar el samoyedo
«Para cortarle en dos.»

Esta es la traducción literal de la canción infantil rusa transmitida por la tradición de padres á hijos.

Los dominios que en su periodo de prosperidad ocupó la raza samoyeda eran inmensos. Algunas de sus tribus habitaban en las márgenes del lago Onega; hallábanse establecidas otras en las costas orientales del mar Blanco.

Pero poco á poco fueron perdiendo su imperio, y los novgorodianos y los moscovitas principiaron el exterminio de los samoyedos.

En el territorio que hoy día poseen, todos los terrenos de algun valor para la pesquería, la caza y la labranza pasan gradualmente á manos de los ziranos y de los rusos, aunque segun la ley de 1835 ningun ruso puede poseer allí mas de sesenta y seis hectáreas por familia, y ademas han sido prohibidas las nuevas invasiones en el territorio de los samoyedos, que no hace mucho eran de propiedad comun.

Esa raza, en otro tiempo tan potente, no está ya representada en Europa sinó por poco mas de cinco mil individuos, y en tanto que su nacionalidad disminuye, no cesa su mortalidad de aumentar.

Ademas, la desnacionalización se efectúa rápidamente. Castren ha observado que muchas de las tribus de la Polonia meridional se han hecho turcas, en tanto que las de Rusia septentrional se «rusifican» al contacto de las grandes ciudades, y ya se confunden con la masa de campesinos moscovitas.

Los mercaderes no han contribuído poco á empobrecer y á desmoralizar á los indígenas; han comprado sus rebaños con préstamos usurarios de harina y aguardiente, y los desgraciados y cándidos deudores, incapaces para libertarse con pagos directos, se ven condenados á un trabajo incesante que los degrada á la condición de esclavos sin esperanzas de rescate.

La mayor parte de ellos no posee ya ni un solo rebaño de renos. Antes de mucho no quedará de los samoyedos nada mas que su recuerdo, unos cuantos objetos encerrados en los museos, y sus cantos heróicos.

*
* *

Tal es en breves rasgos la historia y condición presente del pueblo cuyas costumbres, creencias religiosas, carácter, inclinaciones, etc., me propongo estudiar en los breves días que permanezca en contacto con él.

Esta noche no he tenido tiempo para observar de cerca y en particular á ninguno de sus individuos.

No bien retumbó el ancla al caer en el agua junto á Cabarova, cuando nos lanzamos apresuradamente á tierra entre los aplausos de todos los componentes de la colonia rusa, que allí estaban reunidos para presenciar nuestro desembarque.

Nos recibieron con profundas inclinaciones, fuertes apretones de mano y demostraciones tales de alegría, que por muy feliz me habría yo dado por que tuviesen de sinceridad la cuarta parte de lo que en apariencia revelaban.

Ni un samoyedo se veía en la playa; al vernos bajar á tierra en grupos y armados, todos se retiraron á las alturas de un cerro cercano, donde se mantenían observando con sorpresa mezclada de temor lo que ocurría.

Por las miradas que unos á otros se dirigían y los movimientos de cabeza con que acompañaban las nada amistosas ojeadas que lanzaban sobre nosotros, se veía bien á las claras que no estaban ellos muy satisfechos ni tranquilos con la llegada de tanto buque y tanto extranjero armado.

La desconfianza es, sin embargo, en el samoyedo un sentimiento bastante pasajero; así es que tan pronto como llegó á sus ánimos el convencimiento de lo amistosas que eran las intenciones de los forasteros que venían para visitar su país, fueron ellos los primeros en tendernos familiarmente la mano, y no quedaron satisfechos sinó cuando hubimos cruzado

los dinteles de sus humildes chozas y gustado de su pan negro.

*
* *

¡Extraña escena fué aquella iluminada por la pálida luz de la noche! Los honrados samoyedos, mucho más nobles y leales que los mercaderes que nos acompañaban, bajaron corriendo en pelotón las rápidas faldas de la colina, nosotros les salimos al encuentro, y luégo indígenas y europeos formaron un solo grupo donde las palabras, los gestos, los abrazos, todo era amistoso y sincero.

Dijímosles que nuestro propósito se limitaba á ver su aldea y la tunda inmediata; replicaron ellos con renovadas maneras de cariño, entremezcladas con unos gruñidos de contentamiento que hacían aguzar las orejas á nuestros dos perros de Terranova y los mantenían en continua alerta; no sabiendo de dónde procedían los tales gruñidos, ponían se los dos pobres animales á acechar en ademan de lanzarse sobre el enemigo que sentían y que no veían, pero que sin duda estaba, á su juicio, escondido en alguna de las chozas que nos rodeaban.

La hora era, no obstante, avanzada, y no permanecimos ya en tierra nada más que el tiempo necesario para dar una vuelta por la aldea y sus alrededores. Luégo regresamos á bordo, prometiendo á diestro y siniestro volver á la mañana siguiente y aceptar la hospitalidad que samoyedos y rusos nos ofrecían á porfía.

—Día 31 de Julio.—No bien terminó nuestro frugal desayuno, bajé á tierra, donde por cierto, y no obstante haber madrugado yo mucho, estaban ya algunos de mis compañeros de viaje.

*
* *

La aldea de Cabarova, situada á la entrada del estrecho de Yugor, se compone de unas diez chozas cónicas, de unas cuantas tiendas y de una humildísima iglesia, cuya alta cruz griega indica que pertenece al rito ortodoxo.

Pero mas que aldea de Cabarova debe llamarse campamento, porque tanto los rusos como los samoyedos que forman su población, no viven de continuo en las costas del estrecho de Yugor, sinó que viene aquí á establecerse durante los meses de verano y parte del otoño.

Estos rusos y samoyedos proceden de la comarca meridional de la tundra, situada tras el Petchora y los montes Urales; los primeros se dedican á la pesca; los segundos encuentran en este territorio abundantes pastos para sus grandes rebaños de renos.

Muchos de los samoyedos consagran tambien á la pesca y á la caza el tiempo que les dejan libre sus ganados.

Los cuarteles de invierno de los rusos establecidos en Cabarova están en Pustozersk, humilde capital comercial de la cuenca del Petchora, célebre en la historia, porque allí fué donde en el siglo XVII la iglesia dominante encendió las primeras hogueras de los raskolniks.

En Pustozersk tienen sus familias, sus mujeres y sus hijos. A principios ó mediados de Abril, segun el tiempo, salen de su residencia de invierno y atraviesan mas de 800 kilómetros de tundra en sus prolongados y ligeros trineos tirados por renos ó por perros, que llamaban nartes en Siberia.

Por el camino van comerciando con los samoyedos del continente, y en los trineos traen las mercancías á Cabarova. Aquí llegan á principios de Mayo, es decir, cuando el estrecho de Yugor está todavía helado y pueden pasarlo sin necesidad de embarcaciones. Luégo ellos y los samoyedos llevan sus respectivos re-

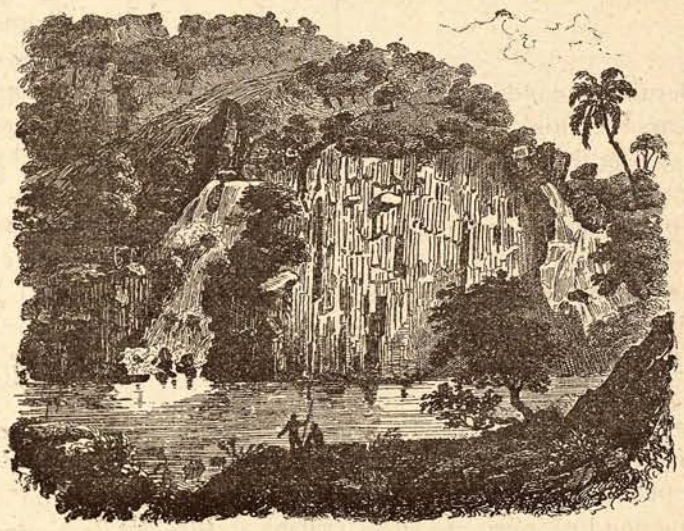
nos á la isla de Vaigatch, donde les dejan libres para que pasten, y se consagran ya sin cuidado á hacer provisión de pescado, de carne y de pieles.

*
* *

La colonia rusa que hemos hallado en Cabarova se compone de nueve personas, las cuales constituyen un artil. Artil es palabra que significa en ruso «iguales deberes, iguales derechos,» y con ella se designa á las asociaciones de caza y pesca que forman los rusos del Norte.

La forma de estos artiles difiere segun el género de trabajo y las mil circunstancias diversas de lugar; pero como su nombre indica, la repartición de los productos se hace casi siempre por igual entre todos sus miembros.

En muchas partes el distrito entero organiza la pesca y distribuye los grupos de trabajadores á lo largo de las playas del mar y de los ríos, de manera que



A ORILLAS DEL MAR DE KARA

sean iguales las probabilidades de suerte; los que se quedan en las aldeas ocupados en los trabajos domésticos reciben igual parte que los que van á la pesca.

Pero las deudas contraídas por las aldeas y los particulares primero con los conventos y luégo con los mercaderes, van introduciendo la desigualdad y la miseria entre los individuos de los artiles y destruyendo estas provechosas asociaciones.

El artil de Cabarova se dedica á la pesca, y su género favorito es la del delfin blanco *(delphinapterue leucas)*, que es abundantísimo en estos mares, y forma bancos tan extensos, que cubren la superficie del mar hasta perderse de vista.

Así y todo, se nota que el delfin disminuye, sin duda á causa de los estragos que en sus ejércitos hacen los pescadores rusos y noruegos. El producto de la pesca es bastante incierto, y depende ante todo del estado de los hielos en el mar.

Los rusos de Cabarova cuentan, sin embargo, como término medio seguro, con que el producto de su pesca sea de

unas 60 toneladas de delfín al año, lo cual constituye un valor no inferior á cuatro ó cinco mil rublos.

La sociedad se divide en veintidos acciones: de los lotes que corresponden á cada una de éstas, se reservan dos á San Nicolás para que bendiga la empresa; los otros veinte se distribuyen entre los miembros del artil, advirtiendo que cinco de éstos tienen derecho, por ser propietarios, de casi todos los útiles de pescar, á dos partes y media, repartiéndose equitativamente el resto entre los demás.

*
* *

A fines de Octubre, cuando ya principia á solidificarse el hielo, pasan los nueve rusos á la isla de Vaigatch, á recoger los renos que el frío ha hecho refugiarse en la parte más meridional de isla.

Luégo cargan sus trineos con el fruto de las transacciones y de los trabajos de la temporada, y vuelven á las márgenes del Petchora.

Cualquiera creería que una vez en su casa descansarían todo el invierno de las penalidades de primavera, verano y otoño al lado de sus deudos; pero no sucede así, porque el comerciante ruso es el sér más activo al par que mas avaro que se conoce.

No bien llegan á Instozerch, vuelven nuestros amigos los rusos de Cabarova á ponerse en marcha, luégo que pasan al lado de sus familias, tan sólo los días indispensables al descanso despues de tan larga caminata.

*
* *

Las dulzuras del hogar doméstico, padres, esposas, hijos, todo queda de nuevo abandonado. Unos se dirigen á Mazen, ciudad comercial situada al Nordeste de Arkángel, triste lugar de destierro, Siberia del Occidente del Ural, donde los perseguidos del Gobierno de San Petersburgo van á morir de tristeza y extenuación en la fría noche del Polo.

Mezen es, sin embargo, puerto de algun movimiento, y á él transporta una sección de artil ruso-samoyedo los productos de la pesca hecha durante el verano, y las pieles cogidas ó compradas durante la travesía por la tundra; parte del dinero que sacan de sus mercancías, lo emplean allí mismo en sal para las pesquerías de la siguiente temporada.

Luégo el artil se dirige á Irbisk, para comprar el trigo, y los demas cereales que afluyen á aquella plaza de la Siberia meridional, en la que por lo lejano de su situación está siempre el grano bastante barato.

Tal es la vida que hacen nuestros amigos de Cabarova, segun ellos mismos me la han descrito.

*
* *

Veamos ahora á nuestros otros amigos los samoyedos.

Casi al propio tiempo que llegan los rusos al estrecho de Yugor, salen del lado opuesto de la tundra grandes caravanas de samoyedos, acompañadas de inmensos rebaños.

Todos pasan á la isla de Vaigatch para visitar los lugares santos, que son muy numerosos en la isla, y despues de sacrificar á sus ídolos y de hacer las debidas oraciones y ceremonias religiosas, vuelven al estrecho de Yugor, en cuyas orillas se establecen una parte de ellos, miéntras los otros se dirigen á la península de los samoyedos, y se ocupan desde luégo en plantar sus tiendas en las vertientes septentrionales del monte Pae-Choi y á lo largo de las márgenes del Velikaia, vertientes y márgenes ricas en

buenos pastos de musgo y de líquenes.

Hacia fines del otoño vuelven á reunirse otra vez en la isla de Vaigatch, para despedirse de sus divinidades y rogarlas que les concedan próspero y feliz viaje.

Los sacrificios son á la partida mucho mas numerosos y fervientes que á la llegada: en algunas ocasiones extraordinarias han llegado á inmolar hasta cien renos en honor de sus ídolos, regando con su sangre la tierra aun á muchos kílometros de la escena de la hecatombe.

Pero el progreso ha penetrado ya hasta Cobarova, y tanto y tanto les han dicho los rusos, que hoy principian los samoyedos casi á poner en duda el poder de sus divinidades.

Ayuda á tal conversión el hecho de que, no obstante los numerosos y terribles holocaustos, las grandes peregrinaciones y los más fervientes rezos, sus dioses no han mostrado hasta hoy su fortaleza para librarlos del tremendo azote que desde hace algunos años diezma á la raza samoyeda: de una especie de peste que hace víctimas infinitas entre las personas y los renos.

*
* *

En los renos el mal es contagioso en extremo: el menor contacto, el respirar no más el mismo ambiente que un animal enfermo, bastan para propagar la epidemia.

Hace treinta años no se conocía en estas regiones semejante mal: hoy hace tales estragos, que la mortalidad de los renos puede calcularse en un 50 por 100, y en algunas regiones, tales como las que se extienden sobre las vertientes orientales del Ural, en Odotsk y en Berosoff, se eleva la proporción al 75 por 100. En Cabarova ví á un samoyedo que heredó de su padre más de 2,500 renos; hoy puede considerarse feliz si, al recoger en otoño el ganado que tiene en la isla de Vaigatch, logra reuir 500 cabezas.

El comer carne de un reno herido de la epidemia, es ocasionado á graves perturbaciones en la salud, y algunas veces ocasiona la muerte, que en tales casos llega acompañada de atroces convulsiones.

CAPITULO SEXTO

A HERVORIZAR—LLEGADA DEL «LENA»—EL THÉ DE LOS RUSOS—CAMPAMENTO SAMOYEDO—HORRIBLE ESPECTÁCULO—PELIGRO INESPERADO—EL POETA

JULIO 31.—El recibimiento que esta mañana nos han hecho los rusos y samoyedos ha sido más afectuoso, si cabe, que el de anoche.

Todo el personal del estado mayor del *Vega* ha dejado al buque. Los naturalistas se ocupan de sus tareas favoritas. El Dr. Stuxberg navega en una barca por los alrededores con objeto de estudiar la fauna de aquellas aguas.

Parece que ha hecho amplia cosecha de animales curiosos: en un momento que se acercó á tierra, estando yo en la playa, me gritó lleno de contento que tenía varias caluspongias de gran tamaño y gran número de moluscos.

Horgaard y Norquist, miéntras tanto, le ayudaban en su empresa comprando á los indígenas una colección bastante completa del pescado que se cría en el estrecho; entre ellos había unos salmones y unos pleuronectes soberbios por su tamaño: todo fué á parar á las cubas del alcohol.

El Dr. Kiellman recogió nuevos contingentes para la flora de aquellos lugares, y fijó toda su atención en la morfología é historia del desarrollo de las plantas fanerígamas que se encuentran en las regiones árticas.

Este asunto ha sido poco estudiado hasta el presente, pero las investigaciones emprendidas aquí por mi ilustre compañero revelan el alto interés que tiene tal cuestión y la necesidad de examinarla á fondo para tener una noción exacta de la flora ártica.

Norquist se puso á buscar insectos, pero sin notables resultados para la entomología, porque los insectos son muy raros aquí.

El Dr. Almquist examinó el sentido visual de los samoyedos por medio del sistema Holmgren, que le revela hasta que punto tienen desarrollada la vista para saber distinguir los colores: en estos curiosos experimentos ha quedado sentado que los samoyedos tienen en la cuestión de colores la misma potencia visual que nosotros.

*
* *

Palander saca fotografías á diestro y siniestro. Horgaard trabaja con sus instrumentos magníficos. Los samoyedos forman corro alrededor del Dr. Almquist, Palander y Horgaard, cuyas operaciones contemplan con una curiosidad no ajena al terror. El trabajo que costó al pobre doctor convencer á unos cuantos para que se prestaran á sus experimentos ha sido

una verdadera epopeya, y sólo á fuerza de ofertas, donativos y elocuencia mímica lo consiguió.

Por último, para comparar la marcha de los cronómetros durante este viaje con la del de 1875, Nordenskiold y Bove tomaron la altura del sol en el mismo punto en que Nordenskiold hizo sus primeras observaciones hace tres años, es decir, en la puerta de la iglesia de Cabarova.

En una palabra, todo el mundo se esforzó en emplear lo mejor posible, en las respectivas obligaciones científicas, las primeras horas de la mañana.

Al terminar éstas nos vimos interrumpidos por unas voces que avisaban que el *Lena* estaba á la vista. En efecto, una columna de humo nos reveló á poco la proximidad del buque perdido, que ántes de media hora echaba anclas junto el *Vega*, al *Fracar* y el *Express*.

Grande fué nuestro contento al ver la escuadrilla reunida, aunque me temo que la llegada del nuevo vapor no contribuyó

FLORES ÁRTICAS

mucho á disminuir los recelos que, no obstante nuestras protestas de amistad dejaban traslucir de vez en cuando los samoyedos.

El retraso del *Lena* fué causa, al decir de Johannesen, por una desviación de la brújula, que á consecuencia de la poca intensidad horizontal del magnetismo terrestre en estas altas latitudes, había sido más considerable de lo que se calculara en los estudios hechos al efecto ántes de nuestra salida de Gothemburgo.

Terminado este incidente, principiaron los paseos por la aldea y las excursiones á los alrededores.

*
* *

La ambición de todos nosotros era estudiar de cerca la vida familiar de los samoyedos y adquirir los más objetos de curiosidad etnográfica que fuera posible.

Se dió desde luégo rienda suelta á los tratos, y cada cual emprendió la caza de curiosidades samoyedas.

Yo tuve la fortuna de adquirir las siguien-

tes, que hoy ostento con orgullo en mi camarote: un traje de mujer; un capuchón de piel de perro con adornos de cuentas; un par de pantalones de piel de reno; dos hachas samoyedas; un par de pendientes de cuentas; un lazo para cazar renos, un arnés rojo de piel de reno, y varias armas.

Los tratos eran difíciles y los precios bastante elevados, porque el verdadero comercio parece no se hace aquí sino por medio del cambio de mercancías, y la unidad más pequeña de moneda corriente es el rublo en papel.

Todos deseábamos tambien comprar dioses; pero á cuantos samoyedos hicimos indicaciones sobre el asunto, nos contestaban de una manera evasiva ó se apartaban de nosotros, sin replicar palabra.

Por último, Nordenskiold encontró á una vieja que, mediante ciertos regalos, y con el olor de una buena ganancia se decidió á enseñarle algunos ídolos.

Lo llevó á su choza y allí principió á rebuscar en un saco hasta que dando con botas viejas de piel de reno fué sacando de ellas los codiciados dioses.

*
* *

Al principio mostraba temor y desconfianza excesivos, hasta el punto de no dejar que Nordenskiold los tuviera en su mano; pero Nordenskiold trabajó tanto y tan bien, que á fuerza de elocuencia y de habilidad en excitar el miedo y la codicia de la vieja, logró que le vendiera varios ídolos por siete rublos, una fortuna que ella no había soñado nunca reunida.

Los ídolos que vendió la vieja á Nordenskiold eran muy variados, tanto en aspecto como en destino. Uno de ellos, por ejemplo, se componía de una piedra que con unos cuantos trapos figuraba ser algo parecido á una muñeca.

Otro era un polichinela con una plan-chita de cobre por cara. Otro era de pieles, adornado con pendientes de cuentas.

En general, los objetos de la veneración de los samoyedos se asemejan no poco á las muñecas que con trapos y palos fabrican las niñas campesinas demasiado pobres para comprar muñecas hechas.

*
* *

Una vez terminadas nuestras transacciones con los samoyedos, nos invitó uno de los rusos á tomar té en su casa.

El té del ruso es como el pan y la sal del árabe: cuando se ofrece no es posible rechazarlo, sino entrar en la casa y, cualquiera que sea la hora del día, hacer honor á las tazas del aromático cocimiento.

Así es que desde luégo entramos, sin que quiera esto decir que tal acto nos costara violencia alguna, ántes bien teníamos deseos de hablar detenidamente con los habitantes de Cabarova.

La conversación giró naturalmente sobre los asuntos de la aldea. Los negocios no se presentaban buenos este año para el artil, porque no obstante el poderoso apoyo de su patrono San Nicolás, se había introducido la discordia entre los asociados ricos y los pobres, éstos habían rehusado su concurso, y los trabajos de caza y pesca estaban casi en absoluto paralizados.

Nos habló el ruso mucho de los samoyedos, á quienes desprecia como á séres de escasa inteligencia é inferiores bajo todos conceptos.

Observé, en efecto, durante mi permanencia en la aldea, que los samoyedos tienen no escaso miedo á los rusos, y que algunos de ellos les están sometidos en una especie de servidumbre.

Preguntamos á nuestro huésped sobre la epidemia que destruye los rebaños, y nos citó el caso de una familia acampada á cierta distancia de la aldea, y que tal

vez á aquellas horas habría perecido ya víctima del contagio.

Por último, la conversación vino á parar adonde tendía desde hacía rato, y adonde la conducíamos intencionalmente: á la cuestión religiosa.

Las disertaciones del ruso sobre las creencias de los samoyedos fueron curiosísimas. En el curso de ellas describió un altar que él había visto al otro lado del estrecho, y al cual se ofreció á llevarnos.

Nordenskiold le preguntó como pueden los samoyedos conciliar su bautismo y su culto católico con sus creencias en los camanes: el ruso dijo que los samoyedos consideran á sus bolvanes (ídolos), poco más ó ménos como á los icones (santas imágenes) de los rusos... y se me antoja que nuestro interlocutor no estaba del todo libre de cierta fe en las virtudes de los dioses de los camanes.

*
* *

El resultado de nuestra visita al ruso fué una doble expedición de parte nuestra.

Nordenskiold, el Dr. Almquits, Horgaard y Nilsson, capitan del *Fraser*, han salido en compañía de nuestro huésped, para visitar al otro lado del estrecho el altar samoyedo. Otros cuantos compañeros y yo nos hemos ido á visitar la familia atacada de la peste.

El campamento samoyedo donde vive está á algunas millas al Sur de Cabarova. La caminata fué larga y pesada, no obstante acompañarnos los rusos de la aldea, que con su conversación interesante nos distraían; el paisaje que íbamos atravesando era siempre el mismo, triste, monótono, silencioso y de tonos sombríos.

Al fin llegamos, y al ruído que producían nuestros pasos, salieron de sus chozas los pocos habitantes que había en el campamento. Su asombro y su pavor fueron indescriptibles al ver entre ellos gente de nuestro atavío: más no tardaron en tranquilizarse al observar que nos acompañaban los rusos de Cabarova, á quienes conocían, y al convencerse de nuestras amistosas y benévolas disposiciones.

Ellos mismos nos guiaron á la choza donde reinaba la epidemia.

El espectáculo era terrible: tendido á un lado, en el suelo, había el cadáver de una mujer que acababa de espirar, pero en cuyo lívido rostro aparecían todos los caracteres de la descomposición: cercano á ella un anciano se retorcía presa de terribles convulsiones.

Todos los individuos de la familia habían muerto ya y sólo quedaba el padre, aquél pobre viejo que teníamos á nuestros piés. Mucho pesar nos causó no haber traído con nosotros al Dr. Almquits; los rusos, que tenían experiencia en aquel terrible mal, nos dijeron, sin embargo, que segun los síntomas, era inútil todo auxilio, y que el samoyedo espiraría sin remedio ántes de la mañana siguiente.

La epidemia que en pocas horas entregó á la muerte toda esa infeliz gente, fué producida por comer carne de reno enfermo: por lo que vimos, se trataba de una peste muy parecida al cólera que algunas veces ha hecho tan espantosos estragos en Europa.

No era posible socorro humano, y con el alma llena de tristeza levantamos la pesada cortina que cubría la puerta, y uno á uno fuímos abandonando lentamente aquella morada de la desolación.

A nuestro regreso á Cabarova encontramos á la aldea en gran conmoción y á los samoyedos discutiendo acaloradamente y formando grupos donde ellos accionaban y gritaban á porfía.

Algo serio debía haber ocurrido durante nuestra ausencia. Los samoyedos, miéntras tanto, no nos dejaron mucho tiempo para reflexionar: no bien fué conocida

nuestra llegada, cuando formando un sólo y confuso grupo principiaron á avanzar hácia nosotros con unas miradas y unos ademanes que no tenían nada de tranquilizadores; al mismo tiempo todos batían los dientes á la vez con ruido tan siniestro, que nuestros perros juzgaron prudente emprender la huída, demostrando en ésta como en otras ocasiones lo poco que se podía confiar en ellos para cualquier circunstancia un poco apurada.

No había duda de las intenciones hostiles de los samoyedos. Echamos mano de las armas que llevábamos encima, y nos aprestamos á la defensa.

Los rusos no podían disimular la sorpresa, viendo lo que ocurría. Yo pasé un mal rato, dando como seguro que la lucha se entablaría; en un momento pasaron por mi memoria todas las historias lúgubres de asesinatos cometidos por los indígenas en los viajeros desde el de Cook hasta las aventuras terribles de Stanley en Africa; en la incertidumbre de si Nordenskiold habría vuelto ántes que nosotros, llegué á temer que él y sus compañeros de expedición hubiesen sido las primeras víctimas.

Lo único que me prestó alguna esperanza, fué ver que nuestros cuatro buques seguían anclados en el mismo sitio en que los habíamos dejado.

*
* *

Aquel estado de cosas duró poco afortunadamente. Parlamentaron uno y otro bando. Pedimos nosotros explicaciones, y los samoyedos expusieron sus motivos de queja.

Parece en efecto que acababan de tener noticia de que el profesor Nordenskiold había saqueado sus altares haciendo rico botín de ídolos, y que un ruso de la colonia fué quien indicó á nuestro jefe donde se hallaban altares é ídolos, y quien, además, tuvo la osadía de profanar la tumba de un santo samoyedo, extrayendo de ella el esqueleto para dárselo á Nordenskiold.

Nuestro huésped el ruso no era por consiguiente lo que parecía, sino un verdadero volteriano; nuestro jefe por su parte había cometido una imprudencia.

El samoyedo, sin embargo, es en alto grado impresionable, y tan pronto se deja llevar del enojo como de la alegría. Nosotros nos esforzamos por satisfacer sus ofendidos sentimientos religiosos, explicándoles que el profesor Nordenskiold, habría cogido sus ídolos no más que para examinarlos, y que aquella misma noche los volverían á encontrar en su sitio.

En cuanto á la profanación de la tumba del Santo, dijimos había por fuerza algun error, porque el ruso se mostraba en sus conversaciones muy respetuoso á las divinidades samoyedas.

Estas y otras razones tornaron á establecer la paz y cuando los jefes samoyedos quedaron convencidos de la verdad de nuestras palabras se disolvió el grupo.

Los más descontentos fueron alejándose gruñendo y batiendo todavía los dientes; los ménos fanáticos se unieron á nosotros y nos invitaron á que los acompañásemos para pasear por una aldea y visitar sus chozas.

Al terminar nuestra jira, era sin embargo tan tarde, que nos retiramos á los barcos prometiendo volver para visitar las chozas tan luégo como terminase nuestra comida.

*
* *

Al regreso nos aguardaba una buena nueva; uno de los rusos nos recibió en la playa avisándonos que estaba inspirado un poeta con que contaba el lugar. La ocasión era única y no la desperdiciamos.

Los samoyedos son poetas como sus ilustrados vecinos los Karelianos, y algunas de sus poesías parecen nacidas de la misma inspiración que la epopeya Kalevala; sus cantos heróicos figuran traducidos al ruso en el libro de oro de la literatura del imperio de los Czares.

Casi todos los samoyedos saben componer cantos, pero hay pocos que sepan declamarlos. Nuestro poeta era de estos pocos privilegiados.

El ruso nos guió á un lugar retirado de la aldea y desde léjos vimos un grupo de hombres y mujeres, al que calladamente nos fuimos acercando para no romper la inspiración.

El poeta estaba en medio del corro. Tenía los ojos tapados con una mano mientras agitaba con la otra una flecha con la punta vuelta al suelo. Declamaba con acento monótono, interrumpido de vez en cuando por increpaciones pronunciadas en tono salvaje.

Pregunté qué recitaba y me dijeron que un canto heróico. Hombres, mujeres y niños le escuchaban con profundo respeto; ni el menor murmullo interrumpía el silencio de la noche, salvo la voz del poeta.

Yo hallé mucha analogía entre aquella escena nocturna, y la que en mi imaginación se había formado representando á los antíguos bardos cantando las animadas al par que melancólicas estrofas de Ossain.

De los sueños había pasado á la realidad. Del momento presente había sido trasportado á los pasados siglos. Aquel era el bardo presa del espíritu poético; aquellos los rudos montañeses de la Caledonia que le escuchaban con veneración como á un sér en quien reside la divinidad; aquellas tambien las abruptas rocas y negras grutas; mas allá el mar acompañando al canto con su rumor lúgubre é incesante.

Cerca de una hora permanecí clavado en el suelo contemplando tan extraña y pintoresca escena y toda la noche hubiera seguido allí como los samoyedos, á no haberme advertido mis compañeros de que avanzaba la noche y era preciso acabar de visitar la aldea antes de retirarnos, pues á la mañana siguiente partíamos.

CAPITULO SEPTIMO

EL COMERCIO MUDO—LA VIDA SAMOYEDA—LAS MUJERES—EL BANQUETE—LOS DIOSES

TODOS cuantos samoyedos quisieron acompañarnos en nuestra visita: el teniente Nordquist venía como de costumbre con nosotros, y nos servía de intermediario en las conversaciones con rusos é indígenas.

Era bellísima la noche, y estuvimos paseando algun rato antes de entrar en ninguna choza: así como antes habíamos sondeado el ánimo de los rusos con respecto á los samoyedos, queríamos ahora saber lo que piensan éstos de sus vencedores.

Cual era de suponer, los samoyedos pagan en ódio á los rusos el desprecio que éstos los tienen. Las antipatías de raza, la persecución religiosa que les hacen sufrir los sacerdotes de la iglesia griega, las burlas de que á causa de su carácter sencillo y sin doblez son objeto, parecen razones suficientes para explicar esta clase de sentimientos: á ellas debe añadirse la mala fé con que comercían con ellos los mercaderes rusos.

El comercio «mudo» de los samoyedos ha tenido que abandonarse porque descansaba en absoluto sobre la probidad y los rusos no poseen esta virtud.

Antiguamente, cuando un samoyedo tenía necesidad de pieles ó de otros objetos, iba á la tehum (tienda) de otro indígena de la tundra y los tomaba, dejando en cambio un pedazo de madera con su marca.

A esto se llamaba «comercio mudo.» Pero los rusos iban á las chozas de los samoyedos, cogían lo que les convenía y no dejaban ni marca ni nada, ó si la dejaban cumplían luego con no reconocerla para el pago. Rusos y samoyedos viven, pues, como enemigos.

Sentado este hecho, que revela una vez mas lo inseguras que son las conquistas por las armas, cuando no van acompañadas de los beneficios de una nueva civilización y de mejoras positivas, tuimos observando lo que á nuestro alrededor ocurría.

Aun á aquella hora de la noche presentaba la aldea un aspecto muy animado.

Los samoyedos discurrían cual sombras por los campos; los trineos y los renos estaban atados al rededor de las tiendas; los perros unían de vez en cuando su ladrido al rumor lejano de la voz del poeta y al sordo eco del mar. No tardamos, sin embargo, en entrar en una de las chozas.

*
* *

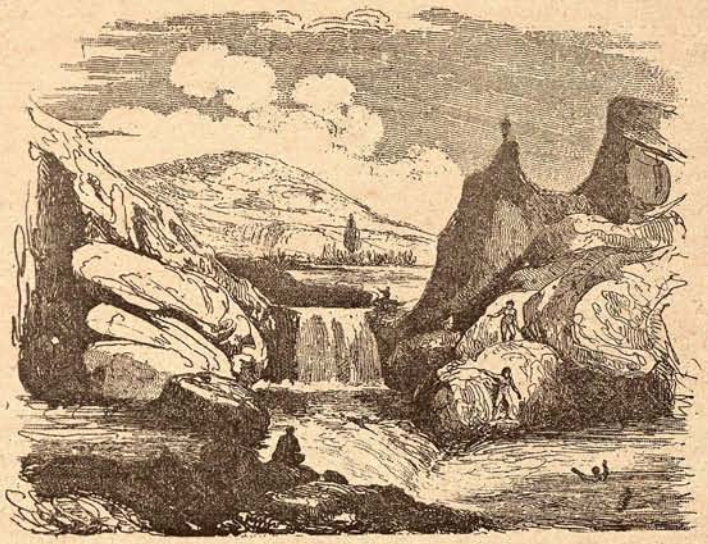
Los rusos tienen para su morada unas cuantas cabañas sumamente bajas y hechas con tablones y troncos de madera.

Los samoyedos no se permiten tanto lujo, sino que viven en chozas de forma cónica, semejantes á las de los lapones y compuestas de un haz de pértigas atadas muy juntas en su extremidad superior y que con su extremidad inferior forman los límites del espacio interno de la habitación. Unos cubren la choza todo al rededor con corteza de abedul y otros con pieles de reno.

En la puerta, á manera de mampara, hay una cortina de piel de reno que permanece alzada durante el día para dar luz y aire á la choza, y se echa de noche para que no entre el frío.

Estas chozas están construidas, ni mas ni menos que como en los tiempos de la mas remota antigüedad. Tácito dice que los ascendientes de los samoyedos vivían en chozas sostenidas con pértigas, y así ocurre hoy tambien.

Herodoto llama «sombrero blanco» al tejado cónico de tales moradas, aludiendo sin duda á que sus picos cónicos se cubren de nieve. Verdad es que los antiguos habían ideado una curiosa fábula sobre el aire de estos climas septentrionales, del cual decían que estaba lleno de plumas.



EXPLORANDO

Herodoto explica esto muy bien, y dice que las plumas deben ser los gruesos copos de nieve. La suposición queda confirmada con el simple hecho de que los poetas del Norte llaman, en general, «pluma» ó «cana» á la nieve, y de ello da una prueba Olans Rudbeck en su *Atlántica*.

Los samoyedos han parecido tambien, en todo tiempo, igualmente contentos con su clima.

Olearico, el célebre viajero, cuenta que los diputados que mandó á Moscou la nación samoyeda le dijeron que si el Czar conociese las delicias de su país y de su clima, se iría de cierto allí. Ellos se marcharon, aburridos de Moscou, á los pocos días de permanencia, suspi-

rando y llenos de la nostalgia de sus chozas y de sus nieves.

*
* *

Por lo general, viven en una misma choza dos familias: un surco trazado siguiendo el diámetro perpendicular á la abertura de la choza, divide las propiedades de una y otra familia. Raro es el caso de que algun disgusto llegue á turbar la paz doméstica.

Una familia sobrelleva fácilmente los defectos de la otra, y al cabo del tiempo hace la intimidad que los dolores y los regocijos sean comunes.

En medio de la choza está el hogar, al cual sirve de chimenea un agujero practicado en el techo: la admósfera no es, por consiguiente, muy pura allí dentro, antes bien tan cargada de vapores y humo, que no distinguen bien los objetos.

Dos ó tres tablones que cubren el terreno en los sitios mas bajos que el nivel ordinario; unas cuantas pieles de reno extendidas en el suelo y que sirven de asiento de dia y de lecho de noche; cuatro ó cinco pucheros que están allí no sé como: éste es todo el mobiliario de una tienda samoyeda.

Las mujeres se pasan casi todo el día dentro ó á la puerta de la tienda, vigilando el fuego, remendando pieles ó jugando con los niños, á los que manifiestan notable cariño.

Muchos de los objetos que hay en las tiendas, así como los trineos y aun los renos están señalados con la «marca» de su dueño.

Cada samoyedo tiene un sello especial que le dan al nacer, y con el cual marcan el reno que desde el momento de venir al mundo le corresponde; después sigue toda la vida haciendo de su sello el mismo uso que los Pieles Rojas de su totem y los lapones del suyo.

Igual sencillez que en el mueblaje se revela en el vestir de los indígenas de Cabarova, que sin embargo, está perfectamente conforme con las exigencias del clima.

En general, el traje de los hombres se compone de una *matisa,* es decir, de una especie de túnica de piel de reno con el pelo vuelto hácia adentro y sin más adorno exterior que una guarnición ó franja de piel de perro.

La mayor parte de las veces van las mangas colgando, porque para tenerlos más calientes prefieren llevar los brazos bajo la túnice. A la matisa va unido un capuchón hecho igualmente de piel de reno y guarnecido de piel de perro; pero los samoyedos no usan este capuchón nada más que en invierno, y en verano en vez de él, gastan para cubrirse la cabeza un gorro de piel de foca, sujeto á la barba con unas correas sueltas, de manera que cuando saludan no se cae al suelo.

Los samoyedos saludan haciendo una reverencia súbitamente interrumpida por un brusco movimiento de cabeza hácia atrás, de manera que el gorro caiga á la espalda.

Unas grandes botas-pantalones de piel de foca ó de reno completan su traje: las de piel de foca son para el verano y las de reno para el otoño é invierno.

*
* *

Las mujeres se distinguen por un traje algo más elegante ó con pretensiones de tal. Compónese de una como larga chaqueta de piel de reno ceñida á la cintura, pero que luego se ensancha á manera de falda hasta terminar poco más abajo de la rodilla en una franja de piel de perro.

Las más elegantes adornan el bajo de esta falda con volantes de piel de zorra ú oso brillantemente teñidos de azul,

rosa ó encarnado; al rededor del cuello llevan también una larga tira de la misma clase de piel.

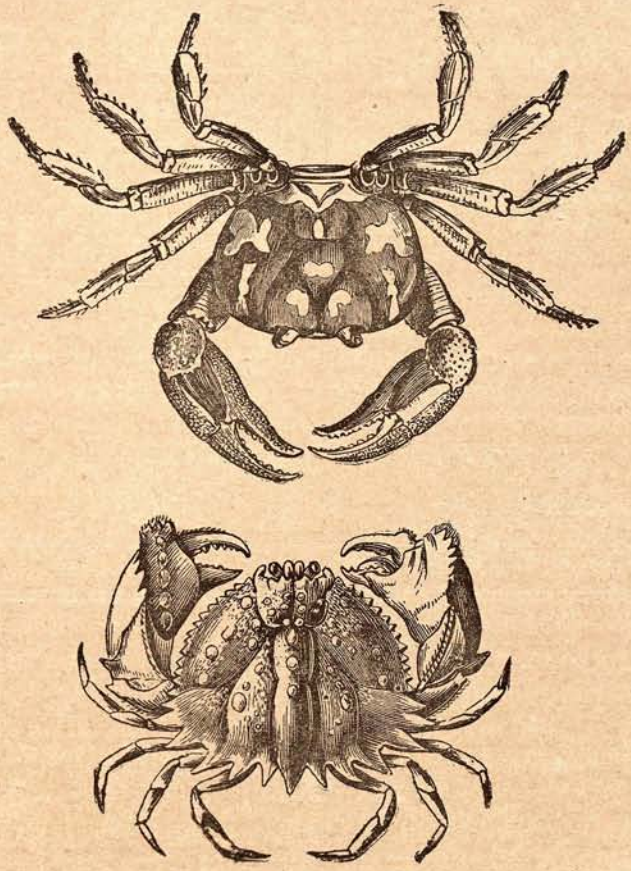
Sobre la franja del bajo van algunas veces cosidos pedazos de telas de colores, recortados de modo que forman signos cabalísticos de gran virtud para alejar el espíritu del mal.

Van en verano con la cabeza descubierta luciendo las magníficas trenzas negras que las llegan hasta el suelo, adornadas con cintas, cuentas y anillos, botones y objetos de hierro y cobre en notable cantidad.

En invierno, como llevan cabeza y trenzas ocultas bajo un grueso capuchón de pieles, se ponen por fuera dos trenzas postizas, adornadas en un todo igual á las verdaderas. ¡La coquetería no tiene latitud!

No obstante esta coquetería y esta elegancia en el vestir, la mujer es entre los samoyedos un sér de condición inferior.

Las muchachas se casan allí á la edad



COJIDOS EN GROELANDIA

de doce ó trece años, y no siempre es relativa la edad de los dos cónyuges: sólo el interés inspira estos casamientos; no es raro el caso de que una muchacha de doce años se una á un viejo de sesenta.

Más que casadas son vendidas aquí las jóvenes por un precio que se discute lar-

gamente entre los padres y representantes del novio, porque éste no aparece hasta que el «trato» está cerrado.

Si el número de renos que ofrece á cambio de la mujer deseada satisface á los futuros suegros, la familia, y á veces la aldea, consagran la unión con regocijos que duran muchos dias, terminados los cuales, los recien casados marchan á plantar su tienda en la parte de la Fundra que más les place.

*
* *

El tipo femenino de la raza samoyeda es hasta cierto punto agradable. La tez de las mujeres no tiene tan acentuado el color amarillento de los hombres; el cabello es negrísimo; los ojos pequeños, pero vivos; sonrosadas las mejillas, redondo el rostro.

Una canción popular en Cabarova, que yo hice me tradujeran, pinta á la Venus samoyeda alabándola por sus ojuelos negros y pequeños, sus mejillas acentuadas y arreboladas como la aurora que va delante de la tormenta, su nariz recta y su airoso andar.

Este airoso andar es precisamente lo que más desgracía á las samoyedas, pues hace que cuando caminan se asemejen á un pato cebado balanceándose pesadamente de un lado á otro.

Lo más curioso del caso es que, según cuentan los viajeros, las mujeres persas andan de la misma manera que las samoyedas, y los poetas de Teherán y de Ispahán celebran su garbo comparándolo á las suaves ondulaciones del ciprés y de la palmera que mece el aura de la noche.

El tipo masculino es decididamente feo. Su estatura es pequeña, la tez morena, al par que amarillenta, grandes las mejillas, gruesos labios, nariz aplastada y ancha por abajo, frente baja, barba clara y cabellos negros como el azabache.

En las breves horas que pasé en Cabarova, me esforcé en aprovechar todas mis facultades de observación para abarcar el caracter samoyedo.

Los samoyedos tienen, como todos los hombres, buenas y malas cualidades. Entre las primeras debe contarse en primer término su incansable caridad; estos salvajes, que luchan perpétuamente contra la miseria, que no poseen sino vagas nociones sobre el bien y el mal y lo justo y lo injusto, que por el engaño ó la violencia tratan á cada paso de apoderarse de lo ajeno, son los mismos que en cambio están dispuestos á partir con sus amigos hasta el último bocado y á privarse de lo más necesario para que no carezcan de nada los huérfanos y los pobres de su tribu.

Lentos en el pensar, poseen sin embargo el mérito de ser perseverantes en la ejecución. Si se tiene la dicha de no desagradarles y llegan á convencerse de las buenas disposiciones que animan al extranjero, lo reciben con los brazos abiertos, aunque sin sacrificar ninguna de sus comodidades.

*
* *

El antropologista Zograt, los ha clasificado entre los mogoles braquicéfalos, mientras que Castren vé en ellos un pueblo mezcla de finés y de mogol. Ellos se dan á sí mismos el nombre de «Nenetz» (en plural «Netza») que significa «Hombre» ó el de «Khasof» (en plural «Kcasofa») que quiere decir «Machos ó Varones». Su mismo apelativo de «Samoyedos», sinónimo de autófagos, ha dado margen á gran número de leyendas. En muchos documentos se les llama «Comedores de carne cruda», que también viene á ser el sentido de la palabra «esquimal», nombre de los pueblos del Nuevo Mundo á quienes el clima ha hecho adop-

tar un género análogo de alimentación.

Verdaderos nómadas asiáticos, son todavía más errantes que los lapones pastores de renos; la vida de nuestros amigos de Cabarova es sumamente arreglada y metódica, comparada con la de la inmensa mayoría de los indivíduos de su raza, que al menor capricho trasladan su lugar á unos cuantos centenares de leguas de distancia.

Frecuentan bastante las ciudades rusas, pero aprenden con dificultad la lengua del imperio, y sus mujeres, metidas casi siempre en sus tiendas, no hablan nunca más idioma que el suyo natal.

Ni los precedentes históricos, ni sus caracteres antropológicos, ni su régimen alimenticio, ni sus condiciones ordinarias de vida son, por consiguiente, circunstancias propias para prestar dulzura al samoyedo.

Acostumbrados á vivir en dilatadas y casi desiertas regiones, donde tienen que luchar con una naturaleza que no es madre sino madrastra; alejados de ordinario de todo contacto humano; expuestos á peligros que sin cesar renacen, los samoyedos se forman una idea bien sombría de la vida.

La noche, que, como un sudario, les rodea cuatro ó cinco meses al año, imprime á sus almas no sé qué ferocidad que se refleja en su rostro y deja helado á quién por primera vez les contempla.

La providencia ha permitido que acojan la mayor parte de los acontecimientos con la indiferencia más perfecta; de lo contrario—es decir, si estuviesen animados de pasiones violentas—los samoyedos serían uno de los pueblos más salvajes y terribles del globo.

Los festines de carne cruda y la embriaguez producida por los licores espirituosos que les venden los comerciantes rusos, forman hoy dia el principal consuelo y placer de los samoyedos, al propio tiempo que á veces sirven para poner de manifiesto toda la ferocidad de su caracter.

*
* *

Poco antes de dirigir nuestros pasos al buque, en la última tienda que visitamos, tuvimos ocasión de presenciar uno de estos festines, que siempre que llegan extranjeros se celebran, en regocijo de los buenos negocios hechos durante el dia.

El anfitrión había reunido en torno de su tienda á sus deudos y amigos, y luego que todos se hallaron congregados hizo traer uno de sus mejores renos.

Se puso de pié junto á él, le cogió por la cornamenta, y asestándole un terrible hachazo en la cabeza lo derribó al suelo; el puñal salió luego de su cinto, y clavándolo en el corazón de la res principió á abrirla.

Lo primero que sacó fué la laringe, que es la tajada más codiciada de todos. Principia viva lucha para ver á quien corresponde, hasta que uno de los jefes, apoderándose de ella, la devora á dentelladas tal como está.

Acaba de abrir el reno, le saca las entrañas y demás organos interiores, tira léjos para los perros lo que no sirve, arroja dentro del animal lo comestible y, por último, manteniendo la res tendida, como un buque en alta mar mediante troncos de madera que apoya en los costados, y abierta como los cerdos en Europa, invita á los convidados á que den comienzo al festín, tomando asiento en derredor de aquel inmenso y palpitante plato.

Los convidados no se hacen de rogar. Se acercan cuchillo en mano, cortan grandes pedazos de la todavía caliente carne, y mojándola en la sangre se los

llevan á la boca; manos, brazos, cara, barba, todo chorrea sangre.

Ellos siguen mascando á más y mejor con la cabeza alzada para que nada se pierda, y de vez en cuando tornan á mojar el pedazo en el rojo lago donde sobrenadan el hígado, la asadura y demás bocados especiales.

Cuando se acaba un pedazo vuelven á cortar, y así prosiguen con notable brio hasta que no queda de la res más que el pelado esqueleto.

El hígado y los pulmones sirven para los postres.

*
* *

Luego que terminó tan bárbaro y repugnante festín, entraron los convidados en la tienda, y aun muchos hubieron de formar corro aparte en la puerta por falta de sitio. Allí se sirvió el resto de la carne del reno, pero medio cocida en una gran caldera que pendia del techo.

Los cantos y la bebida mientras tanto empezaron á surtir sus efectos. Las jóvenes entonaban de vez en cuando canciones populares llenas de encanto poético, según me dijeron, pero de melodía desagradable, estridente y monótona. No tardó la embriaguez en dominar todas las cabezas; menudearon los tragos, creció el alboroto, las mujeres perdieron todo pudor y yo, deslizándome desapercibido en medio de tanta confusión y gritería, alcé la cortina, y luego que calladamente hube pasado, la volví á dejar caer sobre tantas pasiones desbordadas.

Aquella fué mi última entrevista con mis buenos amigos los samoyedos de Cabarova.

La noche se presentaba hermosa y serena; magnífico el tiempo. Principiaba á levantarse una brisa de buen augurio. Mañana partiremos.

Doy unos cuantos paseos por los ya solitarios campos donde se asienta la aldea, y me dirijo hácia la playa. Al pasar por delante de la iglesia veo luz dentro: la puerta estaba entornada, empujo y héme en el interior: no es poca mi sorpresa al ver allí también al profesor Nordenskiold acompañado de un ruso, que no es otro sino nuestro huésped de al medio dia: hacía ya tiempo que volvieron de su excursión y después de comer juntos en el barco, habían bajado á tierra para dar la despedida á Cabarova.

Mucho me felicité de aquella idea que me había proporcionado el gusto de ver la iglesia, al paso que me resolvía el problema de encontrar bote para el regreso al *Vega*.

La iglesia, no obstante su miserable aspecto exterior, es bastante suntuosa por dentro, sobre todo por el contraste que forman sus riquezas con la miseria de la aldea.

Cinco ó seis imágenes que representan á la Santa Vírgen, al Niño Jesus, á San Nicolás y otros santos, adornan el altar y las paredes de la iglesia: todas ellas están cubiertas de chapas de oro y plata.

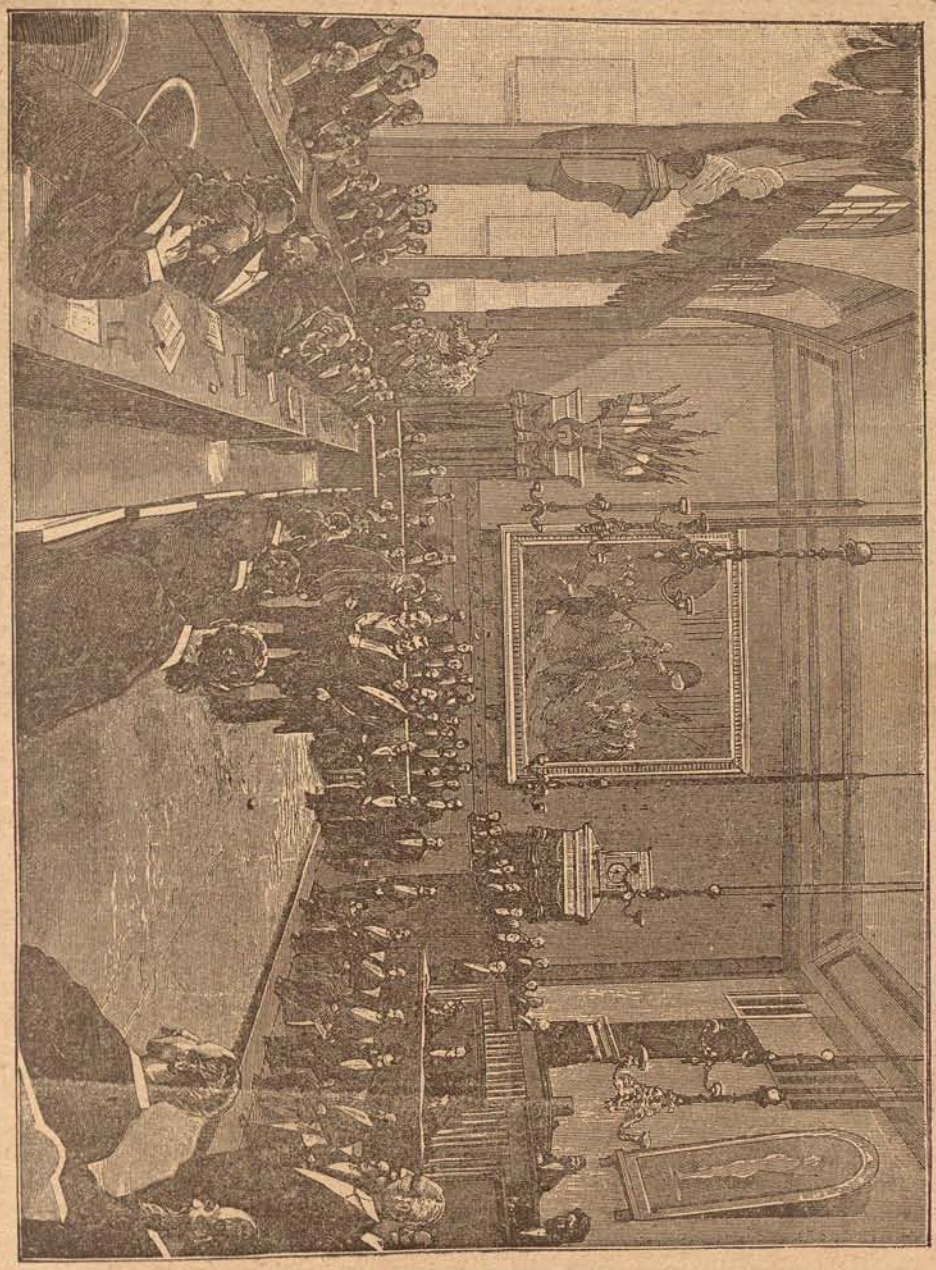
Seis lámparas, un incensario y los demás efectos indispensables al culto griego se ven tambien en el santuario.

Como de costumbre no hay ni púlpitos ni asientos.

El Oficio Divino no se celebra allí mas que una vez al año. El *Pope* (1) vive muy léjos y tiene que atender á una parroquia dilatadísima, ya que no á un rebaño numeroso: así es que al año se ve precisado á andar á pié ó en trineo algunos miles de kilómetros para que todos sus fieles participen de los beneficios de la religión.

Los samoyedos van con alguna frecuencia á la iglesia, y consagran especial veneración á la imágen de San Nicolás...

(1) Sacerdote del rito griego.



SESIÓN SOLEMNE PARA ENTREGAR Á NORDENSKIOLD LA MEDALLA CONMEMORATIVA QUE ACORDÓ ACUÑAR EN SU MEMORIA EL AYUNTAMIENTO DE PARÍS

á quien adoran como á un dios con el nombre «Micola».

En el buque casi todo el personal científico, así como la oficialidad, se hallaban levantados y reunidos en la sala de proa. La conversación era animada y Nordenskiold tomó desde luego parte en ella.

Se discutía precisamente el tema de «la cuestión religiosa entre los samoyedos», y nuestro ilustre jefe que acababa de visitar la Isla Santa de los samoyedos y la iglesia griega de Cabarova, era en verdad el hombre mas competente para tratar de la cuestión.

El sentimiento religioso de los samoyedos es el mas original que puede imaginarse. El Nuevo Testamento ha sido traducido á su lengua: han sido bautizados, principiando por los mas ricos é influyentes: se dicen cristianos y experimentan gran placer repicando las campanas.

Esto no obsta para que el fetichismo antiguo, mezclado de prácticas de mágia, siga prevaleciendo entre ellos: en los distritos apartados y especialmente en los que rodean al Ural, así como en la península de los samoyedos y en Cabarova, adoran todavía á los *Khegs* ó ídolos y creen en los *tadepztii* ó espíritus.

Sus grandes dioses son el *Buen Num* que proteje al ganado y da la vida, y *Vesako el Malo,* marido de la tierra Khadeco, la *Madre Todopoderosa.*

Creen que hay un cielo y un Dios superior; que no hay nada tan grande y tan poderoso como este Dios y que todo depende de él. Creen asimismo que Adan es el padre comun de todos los hombres, y fué creado por Dios ó desciende de él, pero que sus hijos no van al cielo ni al infierno, sinó á un lugar más elevado que los infiernos, para gozar en él la felicidad del Paraiso y no sufrir pena alguna.

Ademas de este Dios grande, de los dioses de segundo orden y de sus ídolos, suelen adorar al sol y la luna. Sus lagos se llaman *camanes*, como los de los laponeses, y como estos creen que las petrificaciones y fósiles, están habitados por espíritus.

*
* *

Las ofrendas á dioses y á espíritus consisten en armas ó instrumentos diversos. Algunas veces sacrifican osos en honor de los dioses, pero lo que principalmente se inmola son los renos, que los *tadiberys* (sacerdotes) extrangulan ante los altares para luégo comerse su carne en compañía del pueblo.

Las cabezas de las víctimas se colocan en estacas al rededor de la estátua, vueltas hácia el Oriente cuando están consagradas al dios bueno, y hacia el Occidente si el sacrificio fué en honor del malo.

Los samoyedos tratan de conciliarse á la divinidad, no sólo haciéndole gustar de la sangre de animales sacrificados sino tambien derramándole aguardiente en la boca.

Una vara mágica y un tambor son los elementos indispensables para que el *tadibei* entre en conversación con los espíritus. Se da en la cabeza mortales golpes para caer en éxtasis, y cuando los dioses se han revelado á él, se desgarra desesperadamente las carnes con un cuchillo.

*
* *

Cuando Burrough visitó en 1556 la isla santa de los samoyedos, vió en el cabo septentrional de ella hasta cuatrocientos veinte ídolos que representaban á hombres, mujeres y niños agrupados al rede-

dor de la grande estátua de Vesako, el de las siete caras.

En 1594, el holandés Nai volvió á visitar aquella *Punta de los Idolos* (Afgoden Hoek) que los rusos designan con el nombre, tan comun en las costas septentrionales de Asia, de *Cabo Sagrado*. El navegante Jwanoff tuvo en 1824 ocasión de cerciorarse de que aun existían las monstruosas imágenes descritas por Burrough.

Desde aquella fecha al presente, han sido incendiadas por los rusos: los altares y los cien ídolos que veneraban los samoyedos en su campamento de Kogmin, apénas distante unos veinte kilómetros de la ciudad de Mezen, han sido igualmente quemados. Ahora los samoyedos, no atreviéndose por miedo á los rusos á elevar grandes ídolos visibles desde léjos, se contentan con vestir muñecos deformes, que ocultan en sus tiendas ó entre sus ropas, y que como los amuletos y medallas que llevan encima los fieles

PAISAJE

de otros países sirven para suplir la falta del altar y de la efigie sagrada.

Aquella misma noche, en el curso de la conversación, Nordenskiold contó circunstanciadamente su viaje á la isla de Vaigatch en compañía del ruso de Cabarova.

Vaigatch es una isla bastante regular, que mide precisamente 90 kilómetros de largo por 40 de ancho.

Su suelo es llano y elevado, y desciende al mar por grandes cortaduras perpendiculares. En las costas del Este, el alzamiento del terreno revela que allí continua la cadena Noroeste del Ural.

El suelo se compone de capas silúreas de cal y de pizarra que encierran en muchas partes numerosas petrificaciones. Relativamente hablando, la llanura abunda en yerba y ofrece buenos pastos para los renos.

Desde hace largos años, goza la isla de Vaigatch fama de ser rica en altares de sacrificio; esta abundancia tiene tal vez por orígen que en la isla los altares están más al abrigo del cielo religioso de los rusos que en otro sitio.

Las relaciones del viaje de los holandeses y de los ingleses á fines del siglo XVI hablan de los ídolos de madera de estos altares, y los antiguos mapas holandeses y rusos designan á gran número

de promontorios con el nombre de *cabo Bolvan* ó *de los ídolos*

Recuerdo yo haber leido en uno de los viejos navegantes de los Países Bajos que los samoyedos fueron á reclamar los dioses que sus compañeros habían cojido para llevárselos al barco.

*
* *

Nordenskiold, en 1875, tuvo tambien ocasión de visitar uno de estos altares en la península de Yamal.

Los últimos vestigios de un culto que en otro tiempo extendió su imperio por toda la tierra, tienen tan alto interés etnográfico y psicológico, que comprendo que Nordenskiold abandonara sus estudios sobre las costumbres de los samoyedos para ir á visitar la *Isla Santa*.

El altar de que había hablado el ruso está situado en un promontorio de difícil subida, que avanza algun tanto en la costa oriental de la entrada del estrecho.

El cabo se compone de una altura cubierta de tierra y arena, pero adornada en aquella época del año con una riqueza extraordinaria de flores de especies y colores vários.

En los puntos más inmediatos á la playa, los deshielos y la fuerza del mar han formado bellísimas grutas de caprichosa forma.

El ruso que le guiaba indicó á Nordenskiold, con cierto respeto, una negra y profunda caverna, la más grande de cuantas se veían por los alrededores. En ella celebran ahora los samoyedos sus misterios.

A su entrada elevaron antiguamente su altar de sacrificios: pero un celoso archimandita ortodoxo lo destruyó hace treinta años y hoy el lugar que ocupaba, purificado por el agua y el fuego, no parece indicado sino por una alta cruz griega que allí dejó puesta el archimandita.

Al rededor de ella el suelo está lleno de huesos de las víctimas inmoladas y de trozos de hierro quemado y enmohecido. Los indígenas han respetado la cruz, pero se meten en la caverna para celebrar en el misterio las ceremonias religiosas de su rito, y además han levantado otro altar no lejos de ella. De éste será del que nos hablaba nuestro huésped.

Gran número de cornamentas de reno, todavía adheridas al hueso frontal, se alzaban allí sobre una eminencia de tres á cuatro piés de altura.

Por entre las cornamentas pasaban unos delgados palos que, atravesando por medio de un agujero el hueso frontal de otras, las mantenía con las puntas hácia abajo.

Había también amontonada en el suelo buena cantidad de huesos de todo género, principalmente de oso y de reno. A un lado vió Nordenskiold las patas y la desollada cabeza de un oso recien muerto, y sobre una piedra, dos balas de plomo, probablemente las que sirvieron para darle muerte.

Lo mismo que al rededor de la caverna, yacían en torno del altar multitud de objetos ofrecidos á los ídolos, tales como pedazos de hierro, hachas rotas, la mitad de una especie de flauta, etc.

En el lado Sudoeste del altar estaban de pié muchas imágenes de madera groseramente esculpidas representando mal en la cara, ojos, nariz y boca. Mas allá estaban las piedras y las cenizas de la hoguera en que se preparan los festines de sacrificio.

Las figuritas tenían la boca y el rostro todos manchados de la sangre que les hacen probar los samoyedos, cuando los holocaustos.

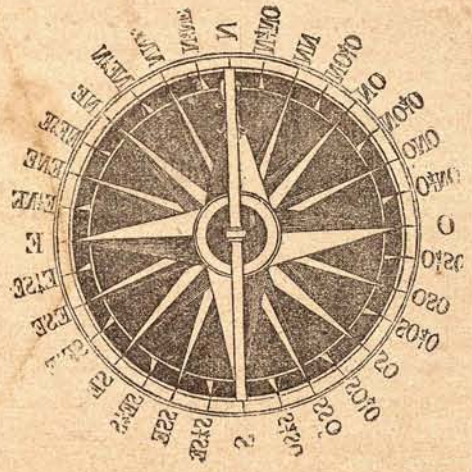
Despues que Hovgaar hubo dibujado

el altar, Nordenskiold cogió unas cuantas cornamentas de reno, cabezas de oso, y objetos de los sacrificados á los dioses, y metiéndolos en un saco con algunos de los ídolos se los trajo, considerándolos como buena presa fortuita.

El altar fué, sin embargo, respetado y, sin la noticia que dieron de la profanación á los samoyedos, es probable que los peregrinos no habrían sabido nada, nunca nada del discreto saqueo de que había sido víctima su abundante provisión de ídolos.

Mientras tanto, el ruso, que poco antes se mostraba bastante escéptico en cuanto al poder de los dioses samoyedos invitando á Nordenskiold á que cogiera cuantos ídolos gustase, principió á manifestar síntomas de malestar é inquietud, hasta que rompiendo por todo, suplicó á Nordenskiold que ofreciese á los dioses algun tributo para aplacar sus iras. Nordenskiold metió como tributo dos monedas de plata entre dos piedras del altar y el ruso quedó tranquilizado. ¡Probablemente iría á recogerlas al día siguiente!

Ahora preparémonos á entrar en el mar de Kara.



CAPITULO OCTAVO

El terrible mar—Contra los hielos—Caza de osos y de renos—Anécdotas

Tenía en tiempos antiguos el mar de Kara una fama tan terrible, que se le daba el nombre de *ventisquero de Europa* y se le creía por completo innavegable, por más que ya habían surcado sus olas buen número de buques mercantes.

Un mapa de Beris Godunof, del año 1600, dice: «que los hombres de Pinega y de Mezen, pidieron permiso para ir, por la vía de la mar, á los ríos de la Siberia y navegar por el Obí, el Taz, el Pur y el Ienisei»: esta petición les fué concedida por el Czar.

En 1616, sin embargo, el voiriedo de Tobolsk rogaba al gobierno que prohibiese toda navegación por el mar de Kara, con objeto de que los *alemanes* holandeses no aprendieran el camino de las costas septentrionales de la Siberia y el imperio no se viese defraudado de sus derechos de importación.

En efecto, el Czar prohibió bajo pena de muerte la navegación de la vía marítima por la bahía de Kara, y el kolmogoriano Jerónimo Sabino, culpable de haber aguardado la llegada de los marinos *alemanes* en las playas del mar de Kara, recibió buena cantidad de palos: la sentencia decía que aquel castigo era «para que nadie se metiese más á turbar los espíritus.»

Así fué como el mar de Kara se trasformó en *ventisquero imposible de navegar*. En 1844, el gobernador general prohibió en Arkángel la fundación de un banco destinado al fomento de la navegación por los mares polares y mandó detener al comerciante Lidorof, de quien se sospechaba que había tomado la iniciativa de la empresa.

Más tarde, el gobierno descuidaba el mantenimiento de los faros elevados por particulares en las márgenes del Petchora.

A los extranjeros estaba reservado el honor de volver á abrir al comercio y á las ciencias aquellos mares que el fisco había puesto en entredicho.

*
* *

Eu 1869, el noruego Carlsen atravesó el mar de Kara y arribó á la embocadura del Obí, regresando á Noruega por el estrecho de Matolchkin.

Desde aquel viaje memorable no ha pasado año sin que, contra el primitivo consejo dado por la Sociedad de Geografía de San Petesburgo, el mar de Kara, extremadamente rico en bancos de pes-

cado, no haya sido visitado por pescadores ó los marinos mercantes de la Siberia.

A principios de agosto, los buques que hacen la travesía encuentran casi siempre el mar libre de hielos (1).

El célebre geógrafo Patermann recomienda como muy importante el establecimiento de una estación metereológica en la extremidad septentrional de Nueva Zembla, á fin de que, si toman incremento las pesquerías y el tráfico por la via marítima con las cuencas del Obi y Ienisey y las costas del mar Glacial, los navegantes pueden conocer de antemano la situación de la atmósfera y la geografía de los hielos, y trazar su derrotero de acuerdo con los datos que les suministre esta estación, que sería para los mares polares lo que es hoy el *New-Yorck-Herald* para el Atlántico y sus costas.

El problema de saber todos los años la geografía de los hielos es de primera trascendencia. El estado del hielo y la extensión de los ventisqueros marítimos varía de año en año de una manera extraordinaria.

En el verano de 1871 el hielo seguía muy de cerca, y con bastante regularidad, el grado 78 de latitud á Oriente de Spitzberga, Payer y Weyprenht no vieron desde el *Tegetthoff* ni un sólo témpano hasta más de 185 kilómetros al Norte de la Nueva Zembla.

Al año siguiente ocurrió todo lo contrario: el hielo había avanzado unos 300 ó 350 kilómetros hácia el Sur, y llegaba hasta la entrada del estrecho de Kara, cerca del continente ruso.

Tan grande diferencia en la posición del hielo no debe atribuirse en absoluto á las variaciones anuales de la temperatura, ántes bien á la acción de los vientos: en el espacio de un año puede trasportarse el hielo de un lado á otro del Océano Glacial.

Que en el mes de mayo, por ejemplo, haya vientos permanentes que soplen del Sudoeste y detengan los hielos que flotan entre Groenlandia y Spitzberga, y sólo con eso un espacio de más de 50,000 kilómetros cuadrados quedará en los mares polares cubierto de hielos, que bajo la influencia de un viento Norte podrán haber ido á derretirse en los mares meridionales.

En 1871, en tanto que los mares del Norte de Europa estaban libres de hielo, éste, impelido hácia los mares polares del Nuevo Mundo, cogió y destrozó treinta barcos que formaban la escuadra de los balleneros americanos.

Otras veces los mares glaciales están completamente libres de hielos en muchos miles de kilómetros de extensión.

En 1870, cuando nuestro compañero Johannesen, capitan del *Lena*, circumnavegó por primera vez la Nueva Zembla, no encontró ni un sólo témpano en su camino (1).

El conocimiento más íntimo de los fenómenos de las aguas glaciales y la práctica de sus vacilaciones mensuales, principian á hacer perder el miedo á ese terrible mar de Kara, que tan buena y pacíficamente nos acoje. Indudablemente nos favorece la fortuna: estamos en un buen año.

*
* *

Lo único que nos contraría es la calma. Esta tarde, en vista de la lentitud de nuestra marcha, ha mandado Nordenskiold que tres indivíduos del estado mayor, á

(1) En 1879, sin embargo, sólo un barco pudo hacer el viaje.

(1) Durante el verano de 1878, la superficie del agua estaba tan libre en todos los mares de estas regiones que, segun el mismo Johannesen, habría sido fácil navegar con un vapor hasta mucho más al Norte que el archipiélago Francisco José.

saber, el Dr. Almquist y los tenientes Hovgaard y Nerdqoist se embarquen á bordo del *Lena*, y adelantándose en este vapor, que tiene el andar muy rápido, vayan á desembarcar en las costas del estrecho que separa á la isla Blanca (Bjelo Ostrof de los rusos y White Islan de los ingleses) de la península de Yalmal.

Una vez allí, tienen órden los expedicionarios de detenerse treinta y seis horas para hacer estudios de historia natural y proseguir luégo por el camino que crean más conveniente, hasta puerto Dickson, punto de reunión de la escuadrilla.

Día 2 de Agosto.—Con aire de triunfo creía ya poder escribir en mi diario la siguiente frase: «Hemos llegado al Ienisei *sin encontrar el menor trozo de hielo.*» Pero todas mis ilusiones eran, como tales, deleznables, y han caido destruidas bajo el soplo de la realidad.

Al llegar á la isla Blanca, hemos tenido en el agua y en el aire un descenso tan grande de temperatura, que no nos deja la menor duda de que el hielo está cerca.

Además, el poco viento que había, ha desaparecido y el mar se ha calmado, señales ambas tambien de proximidad de hielos.

Desde tal instante, hemos adoptado todas las precauciones que ordena la prudencia. Ha vuelto á restablecerse la guardia en el tonel que hay en lo alto del palo mayor.

Yacen alineados sobre cubierta largos y resistentes palos con punta de hierro para ir apartando los trozos de hielo que amenacen los costados ó las bordas del buque. Al castillo de proa se han llevado las anclas de hielo.

Se han entrado los botes y cuanto sobresalía de los costados y pudiera ofrecer resistencia ó ser destruido por el embate de los témpanos.

El infalible precursor del hielo, el *ice-blink*, no ha aparecido, sin embargo, todavía.

*
* *

Día 3 de agosto.—Un resplandor inusitado que penetraba por la redonda claraboya de mi camarote, me sorprendió al despertar esta mañana. No obstante el frío, me precipité sin grandes precauciones sobre cubierta para ver que causas lo producían, y me encontré frente á un magnífico *ice-blink*, que abrazaba casi tres cuartas partes del horizonte con sus vivos y plateados resplandores.

Nordenskiold dice que debe ser producido por un campo de hielo de bastante extensión, al cual indudablemente nos aproximamos.

Almorzamos tranquilamente, y cada cual vuelve á sus ocupaciones sin que el hielo se haya presentado.

—¡Hielos á proa!—grita en esto el vigía. Son las diez de la mañana. En un abrir y cerrar de ojos todo el mundo se halla reunido en el puente. Aunque el peligro está léjos, reina en los primeros momentos una confusión mayor que si no hubiera un momento que perder. Pasan algunos minutos y entonces principiamos á ver en lontananza con los anteojos una línea blanca casi imperceptible, pero de bastante extensión, y que rápidamente va acercándose y adquiriendo mayores proporciones.

El horizonte, sin embargo, sigue mal definido á causa de la luz que refleja en el mar el hielo. El perfil del hielo es sumamente bajo y relativamente llano, aunque de vez en cuando interrumpido por picos y pirámides que revelan la presencia de témpanos sueltos de no gran tamaño: esta circunstancia disminuye nuestro recelo, pues no siendo fácil la creación de nuevo hielo, aquellos témpanos nos

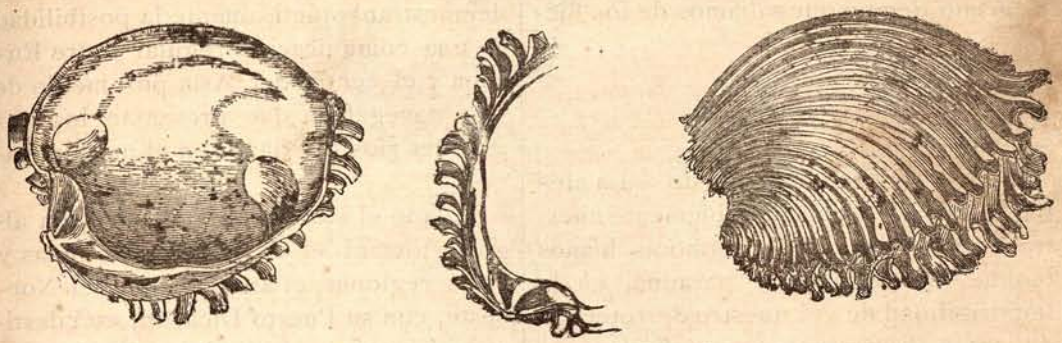
indican que nos hallamos frente á un mar de hielo quebrajeado.

Así fué, en efecto. El campo de hielo, que era tan extenso que no alcanzaba la vista á recorrer sus límites, se presentó compacto y ondeante hácia el Norte, pero llano, desligado é interrumpido por multitud de canales hácia el Sur.

*
* *

Los primeros choques del hielo contra los costados del *Vega* resonaron de una manera extraña. Nadie había abandonado la cubierta, y casi toda la tripulación, inclusa una parte de la oficialidad, era ya dueña de los palos con punta de hierro y trabajaba con gran ardor: el capitan desde el sobrepuente dirigía la maniobra: el vigía desde el *crow's nest*, avisaba la proximidad de algun témpano de aspecto más duro que los otros.

Los primeros hielos tenían escaso grueso: unas dos, tres ó cuatro pulgadas á lo



ADORNOS DEL CACIQUE

más: estaban *podridos*, sin cohesión alguna y desaparecían al solo encuentro con el *Vega*.

Por otra parte, bien pronto adquirimos la práctica necesaria para el nuevo género de navegación: una mirada nos bastaba para distinguir los témpanos que, más pesados y más altos, debían ser evitados, de aquellos que podía romper el buque sin peligro.

Cuando se cometía alguna equivocación, quien sufría eran los cronómetros—violentamente sacudidos—y la gente nerviosa—que imaginaba que el buque se había rajado.

Este hielo blando, que se desmenuzaba nada más que con la resaca del hélice, no duró mucho. A medida que avanzábamos se endurecía más y tuvimos que atacarle con toda furia á fuerza de espolon.

El hielo saltaba hecho chispas ante nuestras cargas; pero llegó un momento que nos encontramos frente á frente con un témpano en quien no hizo mella el *Vega* lanzado á todo vapor: la conmoción fué horrible; parecía que el buque se hubiese roto violentamente contra unas rocas; á no ser por el movimiento de retroceso que operó el barco inmediatamente despues del choque, hubiera creido, además, que habíamos quedado cojidos en el hielo.

*
* *

Después de este incidente, Palander abandonó el combate, y virando, se puso á bordear el campo de hielo hasta encontrar al Sur paso más fácil. Sobrevino entre tanto una niebla que ayudó á hacer más peligrosa la navegación, pues era imposible determinar, observando la altura del sol, el punto exacto en que nos hallábamos dentro de las aguas bajas y llenas de escollos que rodean á la Isla Blanca. Por miedo de dar en alguna roca ó banco de arena, tuvimos que dar infinidad de rodeos. A las ocho de la noche hemos tocado la costa oriental de la Isla, al mismo tiempo que salíamos de los hielos.

*
* *

Puerto-Dickson 6 de agosto.—La niebla ha retrasado considerablemente nuestra marcha; durante largas horas hemos tenido que permanecer parados, en la imposibilidad de ver nuestro derrotero ni de tomar observaciones astronómicas.

El *Lena*, el *Fraser* y el *Express*, que el primer día no habían desaparecido sino por breves momentos, se perdieron por completo de vista é ignorábamos si iban delante ó detrás de nosotros. Por fortuna, el viento y la lluvia han venido al fin á disipar la molesta niebla.

Esta mañana á las tres tuvimos tierra á la vista. La bruma era, no obstante, tan espesa todavía, que, Palander, no atreviéndose á avanzar entre los islotes y escollos que rodean á Puerto-Dickson, pues todavía no hay plano de él, mandó echar el ancla al abrigo de una isla vecina.

Con gran satisfacción nuestra vinieron poco despues el *Fraser* y el *Express* á colocarse al lado del *Vega*. Falta el *Lena*.

Luégo que hubo entrado bien el día, se disipó la bruma y se hicieron los sondajes necesarios en una de las chalupas de vapor: los tres buques han venido á apostarse en otro sitio, en un puerto espacioso, situado entre dos islotes, perfectamente abrigado por todos los lados y accesible, sin embargo, por muchos. Este sitio que fué visitado por primera vez en 1875 por Nordenskiold, se llama Puerto-Dickson, y es el punto de reunión de la escuadra.

Nos hallamos, por consiguiente, en el archipiélago del Noroeste.

Los anteriores viajes hechos por el profesor Nordenskiold á la embocadura del Ienisei, así como el realizado ahora por el *Vega*, el *Lena*, el *Fraser* y el *Express*, demuestran prácticamente la posibilidad de una comunicación regular entre Europa y el centro del Asia por medio de vías navegables que presentan los dos grandes ríos siberianos en el mar de Kara.

Y dado el incremento que sin duda alguna tomará el comercio entre unas y otras regiones, el archipiélago del Noroeste, con su Puerto Dickson, está destinado á un gran porvenir, como el mejor punto de escala, que es el de la travesía entre el estrecho de Yugor y Yacovieva (situado en el Ienisei).

El archipiélago del Noroeste está situado entre los 73° de latitud y se halla frente al cabo cuyo nombre lleva. Se compone de una isla principal y de unos diez islotes que rodean á ésta en círculo y que, á su vez, están circundados de multitud de rocas y escollos; ninguno de estos últimos avanza, sin embargo, tanto que logre impedir la navegación del canal que media entre unos y otros islotes.

El mar, por otra parte, es allí tan profundo que cualquier barco, por grande que sea su calado, puede penetrar hasta la isla Dickson.

La ista principal, que Nordenskiold acaba de bautizar con el nombre «Isla Dickson», en honor del generoso Mecenas de la expedición, tiene unas diez mi-

llas de circunferencia y dista de tierra firme como cosa de una milla ó mas.

La elevación media de la isla es de cerca de 30 metros y la mayor altura apénas llega á 60. Las costas están por lo general cortadas á pico, de modo que forman murallas verticales con el mar; por Poniente, sin embargo, la altura desciende suavemente al mar y se confunde con una playa compuesta de cantos gruesos y literalmente cubierta de troncos de árboles trasportados hasta aquí por las corrientes del Yenisei y del Obi.

A pesar de su poco diámetro, la isla

LAGARTO COGIDO EN KAIPARÁ

Dickson cuenta multitud de arroyuelos de agua dulce que nunca se secan, pues nacen de los flancos septentrionales de las alturas de la isla y se alimentan de los hielos y nieves que les cubren.

Llevan los tales riachuelos tanta corriente, aun en medio del verano, que en dos horas surtieron de agua potable todos los buques de nuestra escuadrilla.

Ademas, en tierra firme, frente á la isla corren dos riquísimos torrentes, cuyo rumor al despeñarse de roca en roca se escucha claramente desde cubierta.

El puerto Dickson está al Poniente de

la isla y se abre en dilatada bahía de más de dos millas de honda por un kilómetro de ancha.

Al Norte, al Mediodía y al Poniente está defendido por una doble cadena de colinas graníticas, siempre cubiertas de nieve; de parte de Levante álzanse cuatro ó cinco de los islotes de que ya hemos hablado, separados por profundos y no peligrosos canales.

El suelo de la bahía está compuesto de piedra y fango, y es por consiguiente de buen agarre para el ancla. Nosotros anclamos á cinco brazas de fondo, en medio de la bahía, y prendió tan bien el ancla, que gran trabajo nos ha de costar sacarla el día que salgamos de Puerto-Dickson.

Bajo el punto de vista geológico, el puerto no ofrece gran variedad: casi todas las rocas son del género plutónico, análogas á las que tanto abundan en Spitzberga.

*
* *

Nordenskiold ha mandado al teniente Bove que levante un plano detallado del puerto y de su barra y del archipiélago, con objeto de que cuando regresemos á Europa se grabe y se haga de él una tirada bastante extensa, á fin de que sirva á los buques que en lo futuro se aventuren por estos mares y necesiten refugiarse en el mejor puerto que hay en todo el camino.

Tanto la vida animal como la vegetal, son aquí mas ricas de lo que era de esperar en tan altas altitudes.

La fauna marina se presenta escasa, porque el agua del mar es poco salada. En cambio, los botánicos esperan hacer un buen botin.

Las llanuras y los valles que se extienden entre los peñascos, están adornados de bellísima y abundante vegetación, de plantas fanerógamas que ahora están en flor y presentan un aspecto verdaderamente hermoso y primaveral, mas lleno de encantos para nosotros que para nadie, porque acabamos de pasar seis dias de ruda navegación y de luchas con el hielo.

Las mismas rocas están cubiertas de líquenes. En conjunto tiene el paisaje marcado sabor siberiano, segun me dicen Nordenskiold, Stuxberg y el Dr. Kjellmann, que son aquí los inteligentes, por haber tomado parte en otras expediciones.

Los naturalistas suecos se proponen consagrarse especialmente á los líquenes, cuyo estudio no se ha hecho todavía con la debida minuciosidad en las costas septentrionales del Asia, y que debe tener singular interés para mis compañeros, porque así podrán establecer comparaciones entre estos líquenes y los que tan admirablemente han sido ya estudiados en la Escandinavia, en Groenlandia y en Spitzberga.

Los líquenes constituyen una de las familias mas curiosas del reino vegetal: se conocen unas dos mil quinientas especies diferentes y todas viven indistintamente en cualquier parte, en las paredes, la tierra, la madera, las rocas, el mármol y hasta los metales y las hojas de los árboles, adhiriéndose á estos objetos sin echar raíces, y no sacando su alimento de ellos, sino de los elementos nutritivos del aire atmosférico.

Unas veces se presentan formando plantas parecidas á las demas por su tamaño y forma; otras veces forman líneas apénas perceptibles, manchas ú hojuelas.

Pero siempre su consistencia es seca, membranosa y coriácea. Lo mismo subsisten en el Ecuador que en el Polo, aunque parece que las principales especies tienen mas predilección por las re-

giones frías, y casi todas por las húmedas.

Su reproducción se efectúa por medio de los góngilos que transporta el aire á las mayores distancias y se fecundizan en los órganos reproductores de los líquenes.

El Dr. Kjellmann, á quien ya se deben una obra sobre las plantas vasculares de Spitzberga, dos sobre las plantas marinas de la misma región, y otra sobre las algas del mar de Kara, anda ya recorriendo valles y peñas en demanda de líquenes.

*
* *

LA ESPOSA OFRECIDA Á BURTON

Día 8 de agosto.—Ayer llegó el *Lena*, que era el único barco que faltaba y cuyo arribo aguardábamos para partir.

El teniente Bove, sin embargo, está cada vez mas atarerado con su plano de Puerto-Dickson y del archipiélago del Noroeste, y dudo mucho que pueda terminarlo para mañana; así es que, segun toda probabilidad, no saldremos de Puerto-Dickson tan pronto como se anunció.

Mañana se separarán de nosotros el *Fraser* y el *Express*. En este mismo momento están Nordenskiold y los demas individuos del estado mayor gravemente ocupados en escribir sus respectivas cartas á familias, amigos y protectores, pues los dos buques se encargan de llevar nuestra correspondencia y de dar al mundo cuenta de los incidentes de la primera etapa de nuestro viaje en descubrimiento del paso del Nordeste.

Todo el día hemos tenido á bordo un extraordinario ruido indecible que imposibilitaba el trabajo y el descanso: desde que se reunieron el *Vega*, y el *Fraser* y el *Express* aquí, no han cesado los marineros de trasportar el carbón que traía el *Fraser*. Tenemos á estas horas carbón para navegar seis mil millas, gastando tanto como sea necesario para un andar de seis millas por hora.

Pero si no se puede vivir á bordo, en tierra la existencia es agradable. La caza menor no abunda, y puede decirse que el archipiélago del Noroeste es una de las regiones mas pobres del Polo en aves; sin duda vemos mas de las que acostumbramos á ver en Europa; pero su cantidad es insignificante comparada con las que en general ofrecen las demas islas y tierras de los mares polares.

El tiempo, en cambio, es magnífico y muy favorable para paseos y toda clase de excursiones por tierra firme. Ademas los renos son muy numerosos, y se les ve pacer en los prados inmediatos.

Por último, como quiera que donde hay renos tiene que haber osos, tambien abundan éstos. ¿Qué más distracciones para una colección de cazadores como la que se ha reunido á bordo del *Vega*? El mismo Bove, absorto como está en sus trabajos hidrográficos y topográficos, levanta la cabeza y nos mira con envidia cada vez que suena un tiro á lo léjos.

*
* *

Tres osos y cuatro renos llevamos ya muertos, así es que el *Vega* y el *Lena* están provistos de carne fresca para cerca de un mes, sin contar con lo que quedará para los perros.

Tanto la carne del oso como la del reno se nos hizo al cabo de pocos días tan cansada, que preferíamos á ella la carne salada.

La del oso es fuerte y para comerla es necesario tan duro trabajo de masticación, que quedaban muelas y dientes resentidos para quince días: la del reno es glutinosa y deja en la boca un sabor parecido al de la pasta que ha principiado á fermentar.

Los osos blancos que vimos en Puerto-Hinckem, y los que cazamos á lo largo de la costa siberiana, parecían de naturaleza bastante opuesta á aquellos con que Payer dice que tenía que combatir diariamente en Froenlandia y en la tierra de Francisco José.

Jamás vimos á uno volverse rabioso contra nosotros; al primer disparo huían precipitadamente, y por lo general se echaban al mar, no sabiendo que aquella era la peor retirada que podían tomar, porque eran casi siempre alcanzados por la chalupa de vapor, que seguía los movimientos de la caza, siendo al instante muertos.

No obstante su pesada mole, los osos son muy veloces en la carrera, tanto que un día vimos á dos, heridos y todo, adelantarse á los perros que les perseguían y perderse en tierra firme.

Mayor circunspección debe usarse para cazar el reno, no porque sea animal peligroso, sino porque está provisto de un oido y de un olfato finísimo y burlan las mañas de los mas experimentados cazadores.

La táctica que seguimos con ellos es la de abordarlos á contra viento pero si de esta manera se llega alguna vez á enga-

ñar su delicado olfato, no se consigue lo mismo con su oido, tanto mas, cuanto que el terreno es mas llano que otra cosa y está cubierto de una nieve que cruge en vez de disimular el rumor de los pasos.

*
* *

La caza del oso es bastante más peligrosa que la del reno, aunque no tan difícil. Eso no impide que nosotros, así como los habitantes de todas las regiones que hemos recorrido y tenemos que recorrer aún, se dediquen á ella con verdadera afición.

Los samoyedos, los esquimales y los gakuts, construyen unas garitas de madera donde aguardan al oso y ademas se valen de la astucia para cogerlo.

El ardid más usual es el de formar un arco con un pedazo de ballena de 60 centímetros de largo por 10 de ancho, cubrirlo de grasa y dejarlo helar, hecho esto buscan el oso, le disparan una flecha para atraer su atención, le arrojan aquel cebo y huyen; el animal olfatea el objeto, le parece bueno y se lo come, con lo cual ocasiona su muerte, pues como el calor del cuerpo derrite la grasa, enderézase la ballena y desgarra el estómago del animal.

Que los osos devoran semejantes cebos, no hay duda alguna, pues todos los viajeros del Polo refieren que estos animales, cuando desentierran algun almacen de provisiones, se comen cuanto hay en ellos, incluso las latas de conservas, y sólo dejan las vasijas de hierro.

En esta clase de ardides conviene que el engaño produzca sus efectos la primera vez, y se halle muy bien oculto, tanto para la vista como para el olfato, porque el oso es muy perspicaz y no se deja coger nunca en el mismo artificio que se haya empleado alguna vez contra él.

La caza del oso es, despues de la del reno, la mas productiva para los pueblos del Norte. La piel, la carne y la grasa son igualmente apreciadas. Con la primera se hacen mantas, zapatos, botas y guantes forrados.

En las pequeñas iglesias de algunos países septentrionales, se ven delante del altar pieles de oso regaladas por los cazadores á sus sacerdotes para preservarles del frío durante el oficio divino.

Los habitantes se alimentan con la carne y la grasa de oso polar, y á los balleneros les gusta tambien esta última purificada y ahumada: no obstante, todos dicen de comun acuerdo que la carne les hace daño en un principio y que el hígado es muy pernicioso; cuando alguien come imprudentemente del hígado del oso blanco cae enfermo, alguna vez de cierta gravedad, y es frecuente que se abra el cútis despues de tomar este alimento.

Kane cuenta que, aunque advertido, comió un día un poco de hígado y se sintió indispuesto casi en el acto.

*
* *

Los pescadores creen que el uso de la carne de este animal hace blanquear el cabello prematuramente; muchos pueblos del Norte de Asia y de América creen lo mismo.

La grasa se utiliza para el alumbrado: tiene sobre el aceite de ballena la ventaja de no exhalar olor alguno. Algunos indígenas confeccionan remedios muy apreciados con la grasa de la planta de los piés del oso blanco y hacen con los tendones hilos y cuerdas muy sólidas.

Nosotros no empleamos para la caza del oso las mismas armas que los samoyedos, los yakuts y los esquimales; pero á pesar de nuestras carabinas no salimos siempre victoriosos; hasta ahora no he-

mos tenido ninguna lucha que merezca verdaderamente tal nombre, pero se nos han escapado muchos.

De todos modos, conviene que se reunan varios cazadores, tanto para matar mas fácilmente el animal, como para evitar riesgos que la experiencia ha enseñado que son terribles.

El oso blanco parece tener mas miedo á los perrros que á los hombres; teme al humo, al fuego y á los sonidos penetrantes; así es que un disparo, un ladrido ó unos cuantos gritos, le hacen huir por lo general, aún cuando esté herido.

Cuando se ve acosado por el hambre, se ciega, sin embargo, y entónces acomete, aun cuando no le atacan: en estos casos es el enemigo mas terrible que puede hallar el hombre en estas regiones.

No hay caza que tenga tantas aventuras ni tantas leyendas como la del oso.

De noche, cuando en la cámara de popa nos reunimos todos para descansar de las fatigas del día en el seno de la conversación amistosa, circulan los episodios del día mezclados con las anécdotas de los percances ocurridos á los mil cazadores que han recorrido ántes que nosotros los mares polares.

Por las tierras que abandonamos pocos días há, ocurrió hace cerca de tres siglos un episodio sangriento. Los holandeses que en 1659 descubrieron á Spitzberga tuvieron mas de un encuentro con los terribles plantígrados.

Cuéntase que habiendo anclado el buque al Sur de la nueva Zembla, cerca del estrecho de Vaigatch, bajaron á tierra dos hombres de la tripulación, y comenzaban á pasearse por la orilla, cuando uno de ellos se sintió bruscamente cogido por detras. Creyendo sería una broma de sus camaradas, exclamó con tono alegre:

—¿Quién eres tú?

Pero volviéndose entónces su compañero, gritó asustado.

—¡Un oso! ¡un oso!

Por fortuna el animal no debía tener mucha hambre pues les dió tiempo á ambos para reponerse de su sorpresa y dispararle un pistoletazo que le tendió en tierra.

CAPITULO NOVENO

PELIGROS DE LA NIEBLA—FAUNA ÁRTICA—LOS LAGÓPEDOS—OSADÍA DE LOS HARFANGOS—GAVIOTAS LADRONAS—RECUERDOS DE OTRAS EXPLORACIONES—SE LOGRA LO PRINCIPAL—FIESTA DE MARINOS—HONORES Á NORDENSKIOLD—RESULTADOS DE SU OBRA

DURANTE algunos días continuaron los exploradores su ruta en la misma dirección, sin otro accidente digno de mérito que la exacta comprobación de sus mapas en aquella latitud.

Día 13 de agosto.—Nordenskiold y Palander siguen practicando la vieja teoría de que «cerca de tierra el mar está casi siempre libre de hielos», y por cierto que la teoría ha de ser sabia, pues nos va muy bien con ella.

Casi todo el tiempo vamos ya navegando por agua completamente libre, y el hielo que encontramos en nuestro derrotero costeando tierra, no es tan resistente que pueda ofrecer serio obstáculo al buque: ni aun siquiera consigue hacer más lento el andar del *Vega*.

Las mayores dificultades son más bien causadas por la niebla, tan densa y persistente, que, cuando más, nos deja visible un horizonte de treinta metros. Muy frecuentemente tenemos que recurrir á los silbatos de vapor para darnos cuenta de la situación del *Lena* y evitar algun choque con él.

A pesar de todo, proseguimos nuestro viaje hácia el Nordeste, siguiendo un derrotero por completo desconocido, sembrado de islotes y probablemente tambien de rocas y bancos peligrosos.

Ni una sola vez hemos dado contra ninguno, y esto prueba la habilidad con que dirigen el buque Palander y sus dos tenientes Brusewitz y Hovgaard.

Este género de navegación, léjos de ofrecer encantos ó distracción alguna, es sumamente cansado, aun para los marinos más habituados al tedio inseparable de la monotonía de los largos viajes por mar.

Ni el estudio detenido, ni los encantos de la lectura, ni la conversación amistosa, ni aun tan siquiera el reposo, nos son permitidos; porque los peligros que á cada momento corre el barco, hacen necesaria la vigilancia atenta de todos.

Una distracción podría tener consecuencias fatales en estos momentos. Por último, las observaciones que nos permitían ir detallando con perfecta exactitud de cálculos el trazado verdadero de la costa, tienen alguna que otra vez que suspenderse á causa de la niebla.

¡Decididamente la niebla es la más horrible de las fatalidades que llueven tan

abundantemente sobre el pobre navegante ártico! No hay paciencia humana que la resista.

*
* *

La única distracción que tenemos, es cuando la niebla cierra tanto en oscuridad que sería locura seguir caminando.

Entónces anclan el *Vega* y el *Lena* junto á algun témpano flotante de alguna extensión, ó junto á alguna de las numerosas islas, más grandes ó más pequeñas, que, desde Puerto-Dickson al cabo Tcheliuskin, parecen formar un continuado archipiélago á lo largo de la costa.

En un instante se halla todo el mundo sobre el hielo. Unos patinan, otros pasean, otros sacan agua para renovar la nuestra, otros levantan en pocos segundos un observatorio ambulante, donde Nordenskiold y Bove se instalan con sus instrumentos y sus horizontes artificiales, y entre un dibujo de patines y una carrera por el hielo, acechan un rayo de sol, por débil que sea, que se refleje en los canutos de sus sextantes.

Día 14 de agosto.—De témpano en témpano y de isla en isla, vamos avanzando lenta, pero seguramente.

Ayer ya principiaba el agua á mostrarse de más en más salada, y á acusar una temperatura más alta. Anoche la vida orgánica en el fondo del mar se reveló más rica.

Estando el buque amarrado á una pequeña isla de hielo flotante, el Dr. Stuxberg trajo con el *svable* una porción de magníficas formas puramente marinas, tales como grandes ejemplares del notable crinoide Alecto Eschrichtü, una especie de anémona de mar, buena cantidad de astérides (Asterias Linchû y panopla), de pycnógonos, etc.

Los arrastres cerca de tierra comienzan tambien á dar excelentes resultados; el Dr. Kjellmann lleva ya muchas algas de notables dimensiones.

No he visto nada más curioso que algunos de los animales que sacó el doctor Stuxberg con su red, y esto, tanto por su figura como por su organización.

De todos los picnógonos que ha sacado, apenas hay dos que se asemejen algo: en unos, los miembros del animal apenas están indicados, mientras que en otros adquieren éstos un desarrollo enorme relativamente al tamaño del resto del cuerpo; hay tambien algunos que presentan unos largos apéndices filamentosos que no se qué sean.

El conjunto de su aspecto es tan singular y extravagante, que más parecen abortos inanimados de la naturaleza, que animales dotados de vida y sentidos. Si sus costumbres fueran más conocidas y correspondieran á su figura, seguramente que sería éste el sér más raro del universo; desgraciadamente, de él apenas se sabe otra cosa sino que es un parásito de los peces.

*
* *

Otra de las familias que llama tambien nuestra atención es la de los astéridos, algunos de cuyos indivíduos son vulgarmente conocidos con el nombre de «estrellas de mar». Hoy he permanecido largo tiempo observando á uno para verle comer, pues este es uno de los actos suyos más curiosos.

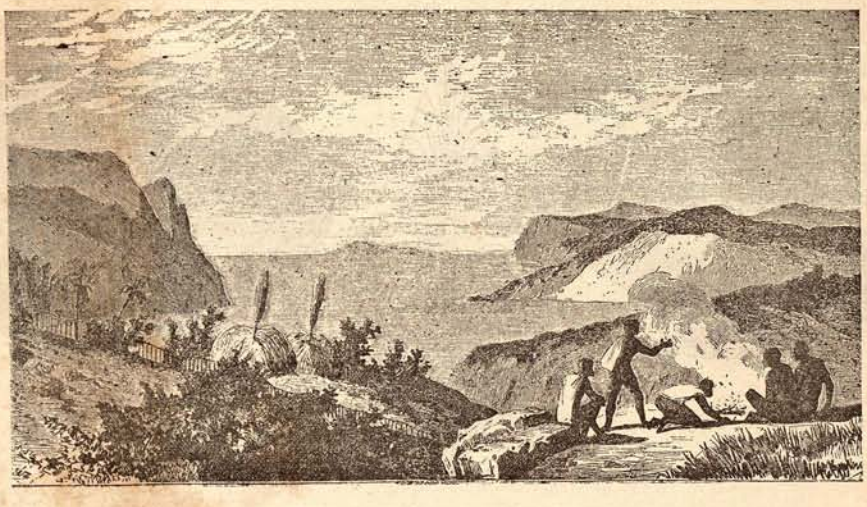
Los brazos que tienen visibles, no le sirven para el caso, y tienen al efecto órganos de aprehensión especiales. La boca está situada en el centro del disco que forma su cuerpo, y al rededor de ella hay varias membranas con las que verifican una especie de succión de enorme fuerza, y tan activa sobre los animales de que se alimenta, que yo ví al que acechaba hacer desaparecer y devorar en breve es-

pacio de tiempo una presa de volúmen mayor que el suyo.

Son sumamente voraces y atacan á los moluscos, aun cuando estén provistos de concha. Al rededor de la boca tienen, además de las membranas, unos pápilos duros que hacen el oficio de dientes.

Los astéridos no están dotados de más sentido que el del tacto: no oyen y su vista es muy dudosa. Estos son los detalles que yo he podido observar por mí mismo.

Stuxberg me añade que los astéridos que estoy viendo han pasado ya por muchas transformaciones, y que esta no es ni con mucho la forma que tenían cuando salieron del huevo. Añádase, que de todos los indivíduos que llevamos cogidos, no hay uno solo que no presente los brazos reproducidos en parte, porque otro



COCINA INDÍGENA

de los fenómenos de este zoófito es que cuando por cualquier choque ó accidente pierde un miembro, le vuelve este á crecer con más rapidez aun que si se tratara de un simple vegetal.

Es un sér organizado de tal suerte y de tan extravagante colocación de miembros, que no se sabía donde tenía los brazos y donde la boca, es natural que inspirara curiosidad su manera de reproducción y los demás particulares de su vida y costumbres.

Los astéridos tienen órganos sexuales distintos y separados en indivíduos diferentes: estos órganos son tan parecidos en uno y otro sexo, que apenas se distinguen fuera de la época del celo. En ellos no hay verdadero emparejamiento, al decir de muchos naturalistas, pero se han visto á algunos de estos zoófitos pegados por la cara ventral.

Estos y otros estudios, contribuyen igualmente á distraer algun tanto nuestro tedio.

X.

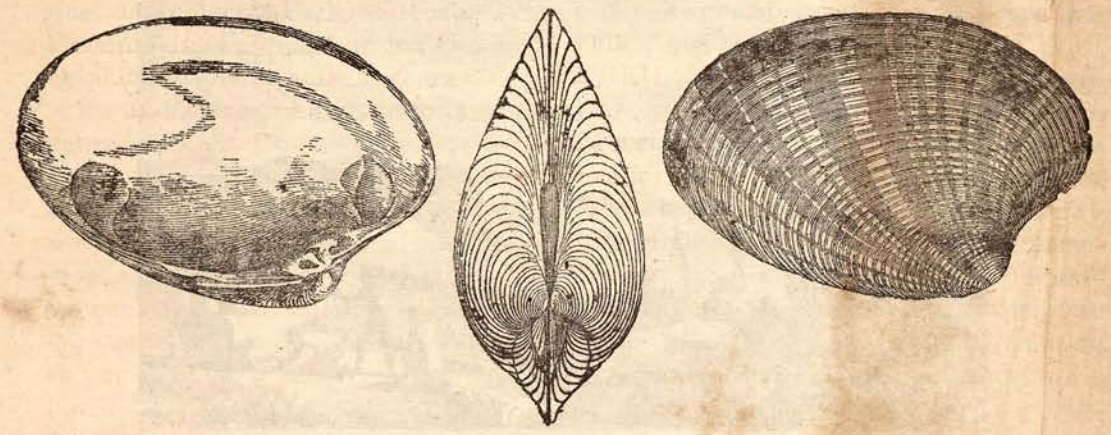
Día 15 de agosto. —La flora y la fauna superiores son tan pobres en tierra, que

aquí las costas forman un verdadero desierto, si se las compara con las de Spitzberga y la Nueva Zembla Occidental.

Los pingiunos *(Alca brünnicki)*, los mergos enanos *(Mergulus alle)*, los macarosos árticos *(Fratercula arctica)*, las golondrinas de mar *(Sterna)*, que se encuentran á millares en Spitzberga, no se ven aquí.

Las gaviotas y las lestris *(Lestris)*, que allí llenan el aire con sus vuelos, sus graznidos y sus continuas querellas, disputándose siempre la más pequeña presa, aparecen rara vez por esta triste comarca; cada una de estas familias sólo está representada por un par de especies, y éstas parece que se pelean menos que sus hermanas de otros países.

Algunos plectofranos de las nieves *(Plectophranes nivalis)* seis ó siete clases de zancudos y unas cuantas especies de gansos son los únicos seres que animan la tierra y los aires y se les encuentran en cantidad algo considerable. Si á ellos se



ADORNOS DE LOS NATURALES

añaden algunos lagópedos, un harfango *(Strix nictea)*, y una especie de alcon, tendremos completa toda la serie del mundo de las aves en la región que estamos recorriendo, ó al menos, del que hemos logrado darnos cuenta.

El lagópedo de los Alpes *(Lagopus alpinus)*, nos ha aparecido casi desde el punto en que abandonamos Puerto-Dickson. Su grito estridente, ronco y gutural, seguido de un gruñido, acompañaba desde la costa nuestra marcha, siempre que había niebla ó amenazaba llover ó nevar.

Despues le hemos visto al desembarcar en alguna isla, posado inmóvil en la cima de alguna alta roca: aun cuando nos acercáramos á él, permanecía en la misma postura, cual si el terror y la sorpresa le hubieran petrificado: al estar ya alguno de nosotros á seis ú ocho pasos de él, alzaba lentamente el vuelo sin lanzar un grito y batiendo perezosamente las alas.

*
* *

En mi vida ví animal tan tonto como este, y su imbecilidad, circunstancia rara en un ave, nace pura y sencillamente de su pereza indescriptible.

El lagópedo es, en efecto, el animal más perezoso de cuantos vuelan por el aire. Yo he visto algunos machos perma-

necer los días enteros inmóviles junto á las hembras que cubren, parados siempre en las puntas más altas y escarpadas, como absortos en la profunda contemplación del horizonte que ante su vista se extendía.

Hay, sin embargo, ocasiones en que salen de su profunda atonía. Cuando, por ejemplo, cubre el suelo la niebla, bajan de sus rocas y principian á correr precipitadamente dando graznidos para llamarse unos á otros: de esta manera creen ellos estar á cubierto de todo peligro.

De igual suerte, cuando se ataca á los polluelos, las madres son hasta valientes.

Ahora precisamente hay muchos polluelos por las rocas. A fines de junio la hembra busca junto á los matorrales ó bajo una gran piedra sitio á propósito, socava un poco de terreno, tapiza de hojas el agujero y allí pone doce ó catorce huevos de un amarillo rojizo con manchas pardas.

Los pollos salen á las tres semanas, y la madre entónces reune extraordinarias condiciones de astucia, actividad y valor. Si amenaza algun peligro, ella es la que sale á desafiarlo y á atraerlo sobre sí, para dar á sus hijos tiempo de huir y de ocultarse entre las grietas y matorrales ó bajo las piedras, más parecen los polluelos ratas que aves, y una vez ocultos no es nada fácil encontrar su escondrijo.

La madre se escapa luego. Tchudi, sin embargo, cuenta que habiéndose atrevido él un día á coger un polluelo, la madre se precipitó sobre él dándole de picotazos y espolonazos.

Las emigraciones de los lagópedos son comparativamente reducidas, pues rara vez salen de las comarcas del Norte: viajan de unas á otras, y su llegada constituye para los pueblos septentrionales una verdadera bendición, que causa tantos deleites y regocijos como debió causarlos entre los israelitas del desierto la llegada del maná y de las calandrias.

Cada año se cazan con redes unos cuantos centenares de miles de lagópedos y, además, el zorro, el halcon, el gloton, el gran duque y otros rapaces matan buena cantidad de ellos; pero se reproducen con tal facilidad, que no se nota disminución en su raza.

Sobre nuestra conciencia está tambien la muerte de algunos, item más de uno que hemos despiadadamente enjaulado: tiene cerca de cuarenta centímetros de cabeza á cola, y aunque está ahora algo feo con su lomo moteado de gris y negro, no tardará en cubrirse todo él de un brillante plumaje blanco, pues el invierno no se halla lejano.

Aparte de esto, soporta muy bien la cautividad, y no parece echar mucho de ménos sus matorrales, ni sus rocas, ni sus campos de nieve y hielo, ni sus revoloteos de paloma.

*
* *

A nuestro lagópedo hace compañía en su cautiverio, aunque en distinta jaula, un hermoso plectófrano de las nieves, de la mitad de tamaño que el lagópedo, pero infinitamente más bonito con su plumaje blanco y negro, su pico azul y negro y sus patas pardas.

Con su canto, parecido al de la alondra, aunque de notas más fuertes, nos entretiene y nos hace pasar agradables ratos, pues canta con gran ardor, casi sin tomar descanso; tambien al principio estaba inquieto, pero luégo se ha resignado y es hasta sociable.

Con él y en las vertientes pedregosas donde los de su especie pasan el verano, aman y se reproducen, cogimos un nido que forma parte de nuestra colección ornitológica: lo hallamos bajo una piedra, á cerca de un centenar de piés sobre el